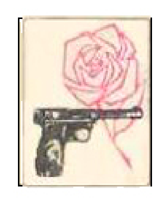


Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Mercado de cerebros

Fue en el siglo XIX cuando se hizo más evidente la esclavitud, y no sólo en América, sino en todo el mundo. Existían los «mercados de esclavos», donde se compraban seres humanos para disponer de ellos al antojo del comprador.

A finales del siglo XX la humanidad ya era más «moderna», y así, alguien tuvo la idea de establecer un «Mercado de cerebros». Y esto no es un eufemismo, sino una realidad: había cerebros humanos en venta…, y había quien los compraba. Así las cosas, ¿qué se puede decir de quienes comercian con cerebros humanos? ¿Y qué decir de aquellos que están dispuestos a comprar cerebros humanos para utilizarlos de un modo absolutamente increíble y alucinante?



Lou Carrigan

Mercado de cerebros

Brigitte en acción - 333

ePub r1.1
Titivillus 20.10.2017

Lou Carrigan, 1982
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

—Mi nombre es Espectrus, señorita Montfort… ¿Le dice eso algo?

Brigitte Montfort oyó perfectamente la frase de presentación, y la pregunta.

Espectrus.

¿Espectrus?

Sí, le decía algo, pero de un modo confuso. La voz había sonado muy cerca de ella, pero tuvo la sensación de que se había originado muy lejos, en algún lugar remoto. En otro plano de la existencia.

Sí, eso era: en otro plano de la existencia.

¿Estaba en otra existencia?

¿Había muerto y estaba en otro mundo?

—Sé que me ha oído usted —dijo ahora la voz—: soy Espectrus.

Es… pec… trus.

Es… pec… trus…

Recordaba el nombre. En realidad, recordaba muchas cosas. Pero todas como… amontonadas, como unas encima de otras, como confundiéndose. Le producía la impresión de un montón de prendas de ropa revueltas. Veía imágenes de rostros. Toda clase de rostros: buenos, malos, amigos, enemigos, odiados, amados… Y esto le daba la impresión de una extraña baraja. Caía una carta sobre el tapete, y enseguida otra carta caía sobre la primera, y otra sobre la segunda, y otra sobre la tercera… No, cartas, no. Naipes, no. Fotografías, eso era: fotografías de caras, de rostros.

Pero, cosa curiosa, no recordaba el suyo propio, el rostro de Brigitte Montfort.

Y además ¿quién era Brigitte Montfort? ¡Ah, esto le interesaba mucho más que saber quién era Espectrus! ¡Mucho, muchísimo más!

Veamos… Brigitte Montfort… Ah, sí: Brigitte Bierrenbach Montfort, periodista… ¡Y espía! ¿Ella era una espía? Una espía, una espía, una espía…

¡«Baby»! ¡Era la agente Baby, de la CIA, clasificada en los archivos de personal de ésta como la agente N. Y. 7117!

Ahora recordaba, ahora… Brigitte Montfort, Baby…, periodista y espía. Pero muy pocas personas sabían que la señorita Montfort, la periodista, era además, espía. ¡La mejor espía del mundo…!

La mejor espía del mundo… Muy bien. ¿Y qué hacía allí la mejor espía del mundo…? ¿Allí? ¿Y dónde era allí? ¿Dónde estaba? No lo sabía, no tenía la menor idea.

Pero de pronto, recordó de dónde venía, o, mejor dicho, dónde había estado ella la última vez. Había estado en el Morning News, en el diario matutino donde trabajaba, a las órdenes de Miky Grogan, el director y querido amigo. ¡Ah, y recordó a Frank Minello, a su querido Frankie! Eso era: había estado en el Morning News por la mañana. Miky y Frankie estaban allí, preparando la tirada del día siguiente de unos artículos importantes… Había estado con ellos charlando, bromeando, como siempre. Con Frankie siempre se pasaba muy bien, siempre contaba chistes, era simpático, cariñoso y bueno… Ah, sí, ésta era la principal característica de Frankie: era bueno.

También Miky Grogan era bueno, pero de otro modo. Frank era más ingenuo, creía más en la gente, era más fácil engañarlo… ¡Querido Frankie!

Y de pronto, recordó a Número Uno. ¡Número Uno, el mejor espía masculino de todos los tiempos…! Y el hombre que ella amaba, eso era Número Uno. Número Uno debía de estar en Villa Tartaruga, en la isla de Malta.

Hacía tiempo que ella no estaba en Malta, hacía algunas semanas que no veía a Número Uno… ¿Cómo podía ser tan tonta? ¿Cómo podía permanecer lejos de él tanto tiempo? Ah, sí… Habían pasado cosas… Cosas. Cosas de espionaje. Desde que se separara de él la última vez, no había tenido prácticamente un momento de descanso…

Pero ahora estaba descansando.

Sí, estaba descansando. Se dio cuenta de pronto de que había abierto los ojos, porque veía un techo, blanco. Es decir, estaba tendida boca arriba.

Había salido del Morning News, eso era. Como siempre: saludando a todo el mundo… Todo el mundo en el Morning conocía

y quería a Brigitte.

—¡Adiós, Brigitte!

—¡Hasta mañana, señorita Montfort!

—¡Brigitte, cuánto bueno por aquí!

—¡Brigitte, tengo un artículo que te agradecería asesoraras y corrigieras! ¿Lo harás?

—¡Buenos días, señorita Montfort…!

Ah, sí, el Morning News, donde todos la querían, todos la consultaban, la admiraban, la respetaban… Pero ahora no estaba el Morning News… Había salido del Morning, a la calle. Hacía un tibio sol septembrino. Era casi mediodía. Estaba pensando tomar un taxi para dirigirse a la Quinta Avenida, donde tenía su apartamento, en el piso veintisiete del Crystal Building. Pero no pensaba dirigirse a su apartamento todavía, sino a otro sitio. ¿A qué sitio?

¡Ah, sí! ¡A Rachel's, la tienda donde solía comprar la mayor parte de su vestuario! Quería comprar algunas cosas, eso era.

Y de pronto…

De pronto, se había sentido mareada. Muy mareada. Había sentido un sudor frío y súbito, la cabeza le había dado vueltas, y se dio cuenta de que caía al suelo. Se había lastimado una rodilla. O las dos. El mundo parecía girar. O quizás era ella la que estaba girando dentro de una bola fría. Sí, dentro de una bola fría ella giraba, giraba, giraba…

Y había oído las voces.

—¡Señorita Montfort! ¿Qué le ocurre?

—Yo la he visto… ¡Se ha desmayado de pronto!

—Brigitte, ¿está bien? ¿Qué le ha pasado?

—Apártense, soy médico, déjenme verla… ¡Apártense, la están perjudicando! Vamos a ver… Hum, seguramente no es nada, pero será mejor que la llevemos al hospital. Dos de ustedes, ayúdenme a meterla en mi coche… ¡Vamos, dense prisa!

Se había sentido alzada, movida. La habían metido en un coche. Veía rascacielos, rostros, árboles, ventanas… Había sonado otra voz, con tono entre incrédulo y admirativo:

—Todavía está despierta… ¡Habrá que darle otra dosis!

—Yo lo haré directamente.

¡Ah, esta última voz…! Recordaba esta última voz. Después de oírla, olió algo penetrante, y casi enseguida, todo desapareció.

Dejó de existir, quizá. Sí, quizás estaba en otro plano…, y ahora oía la misma voz última. La que había dicho que era médico, la que había dicho que él lo haría directamente, la que, en algún momento cercano o lejano de su vida, le había dicho:

—Mi nombre es Espectrus, señorita Montfort… ¿Le dice eso algo? Y poco después, en otro tiempo:

—Sé que me ha oído usted: soy Espectrus.

Es… pec… trus… Es… pec… trus…

En este nuevo y desconocido plano de la vida, Brigitte desvió la mirada, lentamente, y entonces vio el rostro de un hombre.

Lo recordó enseguida, pese a que anteriormente lo había visto adornado con una barbita. Y con lentes. Era el hombre que había dicho que era médico, que la había metido en su coche, que le había dado personalmente otra dosis de… ¿de qué?

Lo reconoció en el acto, porque a ella no era fácil engañarla con una simple barbita y unos lentes. Pero ahora, aquel rostro aparecía completamente afeitado. Y sin lentes. Era un rostro largo, delgado, en el que se marcaban mucho los pómulos, las mandíbulas, los parietales, la nariz… ¡Cielos, era un rostro increíblemente huesudo, palidísimo de natural, con unos grandes ojos de color… de color azul gris clarísimo, como acuosos! Los cabellos, abundantes y desordenados, eran blancos.

¡Qué rostro tan extraordinario!

Recordó de nuevo todo lo que había oído en el momento presente y en sus recuerdos, y entonces, musitó:

—¿Espectrus?

—Efectivamente: Espectrus. Vamos, reaccione: los efectos del gas narcótico ya han pasado. Y una persona de su mentalidad, de su vigor intelectual, tiene que sobreponerse más rápidamente. A menos que la persona a, quien usted llamaba «Vástago» me mintiera…, cosa que no ocurrió, lo sé seguro por mí mismo.

¡Vástago! El tropel de recuerdos súbitos pareció estallar en la mente de Brigitte. ¡Ahora lo recordaba todo[1]! Ella había eliminado a Vástago, había desbaratado todos sus planes, pero… Sí, Vástago le había dicho que ya había hablado con su amigo Espectrus, y que se la iba a obsequiar, porque Espectrus sabría sacar partido de una persona tan inteligente como ella.

Y ahora estaba con Espectrus.

¿Cómo era posible? Ella había vuelto a casa, había conversado con sus amigos…, y le había dicho a Frankie que no podía haber en el mundo nadie que se llamase Espectrus.

Y ahora, ella estaba con Espectrus. ¿Estaba soñando?

—¿Estoy soñando? —murmuró.

—¡No! —rió Espectrus—. ¡No está usted soñando! Vástago me habló de usted. Luego, supe que algo le había ocurrido a él, de modo que ya no pudo enviármela como un obsequio. Pero yo sabía quién era usted, dónde vivía en Nueva York… Todo. La estuve vigilando unos días, hasta que pude secuestrarla. ¿Recuerda todo ahora?

—Sí —Brigitte miró alrededor—… Sí, lo recuerdo.

—Espléndido. ¿Se encuentra bien del todo?

—Sí… Sí, creo que sí.

Se encontraba bien, pero se había dado ya cuenta de que estaba en una camilla, sujeta a ésta por abrazaderas metálicas en sus muñecas, tobillos y cintura.

—Por lo que me dijo Vástago —oyó la voz de Espectrus, y regresó la mirada a aquel rostro extraordinario—, usted bien puede ser una espía de cierta importancia, pero yo me he enterado de otras cosas sobre usted en estos días. Es la directora de la Sección Internacional del Morning News, Premio Pulitzer de Periodismo, famosa en todo el mundo… Se la considera una de las glorias intelectuales de los Estados Unidos de América. Al parecer, tiene usted amigos personales en todas las altas esferas del país: política, milicia, alta sociedad, periodismo, diplomacia… ¿Es cierto?

—Sí.

—Espléndido… ¡Espléndido! Una persona de sus relaciones es lo que yo estaba necesitando. La utilizaré en ese campo, será usted algo así como mi jefe de relaciones públicas… Porque, señorita Montfort, a partir de este momento usted trabajará para mí, y sólo para mí.

Brigitte parpadeó, y aspiró profundamente. Su mente comenzaba a estar en orden, sus recuerdos se habían clasificado, ubicado adecuadamente en el tiempo. Volvía a ser ella con todas sus facultades.

—¿Y qué es lo que tendré que hacer para usted?

—¡Oh…! ¡Todo lo que yo le diga, simplemente!

—¿Por ejemplo?

—Todo. Si le digo que me lleve un recado, lo hará; si le digo que mate a tal persona, lo hará; si le digo…

—Si le digo que no pienso hacer nada de eso, ¿me creerá? —cortó irónicamente Brigitte.

Espectrus la contempló con el ceño fruncido. Se apartó de la camilla, y Brigitte pudo verlo de cuerpo entero. Debía de medir casi metro noventa, por lo menos, y era tan flaco que parecía que la bata blanca contuviese una escoba y nada más. Era… un gigantesco espantapájaros con el rostro más extraordinario que Brigitte recordaba en mucho tiempo de su agitada e interesante vida.

—Señorita Montfort —dijo Espectrus, volviéndose—, como ya le he explicado, Vástago me habló de usted por teléfono desde Francia. Me dijo que era muy inteligente… Pero, como comprenderá, yo no tenía por qué creer en la opinión de Vástago, de modo que, mientras usted ha permanecido dormida bajo los efectos de mi narcótico, he… sometido su cerebro a todos los tests de mi Verificador, y…

—¿Verificador? ¿Qué es eso?

—Es un aparato de mi invención que sirve para medir la inteligencia de los seres vivientes, sean animales o personas. Incluso, y no se sorprenda demasiado, se puede… valorar hasta cierto punto la inteligencia de las plantas. Me ha costado muchos años de trabajo conseguir la perfección total en el Verificador, pero lo he conseguido. Y no cometa la tontería de ponerlo en duda, porque hace más de un año que está en funcionamiento, y jamás ha cometido el menor error respecto a las inteligencias que ha verificado, examinado, analizado, clasificado. La escala va del uno al diez en las personas; del cien mil al millón en los animales; del billón al trillón en las plantas. Ésa es la proporción que he estimado existe entre los diferentes seres o manifestaciones de vida… ¿Lo entiende?

—Creo que sí —murmuró Brigitte.

—Espléndido. Su inteligencia fue verificada. La máxima es la del número uno, la mínima, dentro de los seres humanos, el diez. ¿Quiere saber cuál ha sido la puntuación obtenida en el Verificador por su inteligencia, señorita Montfort?

—Me gustaría saber cuán lista soy —sonrió Brigitte—… ¿Cuál

ha sido mi puntuación?

—Cero, coma, setecientos noventa y dos. ¿Lo entiende, de veras? ¡Cero, coma, setecientos noventa y dos! ¡Es decir, superior al uno! ¡0,792! ¿Se da cuenta de lo que esto significa?

—Que soy una chica muy lista.

—¿Lista? —exclamó Espectrus—. ¡Por todos los organismos vivientes, usted es excepcional! ¡Absolutamente excepcional…, aparte de mí, claro está!

—¡Ah! ¿Cuál es su puntuación?

—Cero, coma, seiscientos doce. ¡0, 612! ¡Usted casi me alcanza, señorita Montfort! Y en realidad, la diferencia es tan corta entre nuestras inteligencias… ¡Sólo ciento ochenta milésimas! ¡Usted es fantástica, créame!

—Le creo.

—No he encontrado nunca a nadie como usted. ¿Y cree que la voy a dejar escapar, que voy a prescindir de su colaboración?

—Bueno, quizá lleguemos a un acuerdo si lo que usted está llevando a cabo merece mi aprobación, Espectrus. ¿De qué se trata?

—¡Buena pregunta! Y muy concreta. ¿De qué se trata? Pues de algo sumamente fantástico… para las mentes vulgares, mediocres. Pero usted lo comprenderá enseguida. Imagínese que… No. No, no, no, no… ¡Todavía no voy a decírselo! Antes, necesito estar completamente seguro de que usted colaborará.

—Pues me temo que estamos en un buen lío —dijo afablemente la espía internacional—, porque resulta que si antes no me convence usted a mí de que sus proyectos merecen mi aprobación, no tendrá en modo alguno mis… servicios.

Espectrus se acercó, y se quedó mirándola fijamente. Por fin, movió la cabeza con gesto de resignación.

—A decir verdad, ya me esperaba algo así, porque está demostrado que las mentes inteligentes son las más difíciles de dirigir, de manipular…, y las que más se resisten a someterse a otras mentes. Es natural, y si usted hubiese reaccionado de otro modo me habría decepcionado, y, sobre todo, sorprendido muchísimo. Ya tenía prevista, pues, su rebeldía. Es lógica.

—Me alegra que lo comprenda. Y parece que estamos en un callejón sin salida, ¿verdad?

—¡Desde luego que no! —Exclamó Espectrus—. Simplemente,

usted me obedecerá en todo, porque yo así lo prepararé. Puedo hacer con usted lo que quiera, señorita Montfort: hacerla sentirse pájaro o pez, cantar, reír, llorar, asesinar, operar quirúrgicamente, presentar diagnósticos médicos sensacionales, dormir, provocarle insomnio… ¡Lo que quiera! ¡Puedo hacer con usted lo que quiera! Sólo tengo que inyectarle una droga de mi invención que anulará totalmente su voluntad al mismo tiempo que sensibilizará extraordinariamente sus facultades telepáticas, su… recepción de mensajes telepáticos.

—¿Mensajes telepáticos que me enviaría usted?

—¡Exactamente! Y como la droga la habría sometido a mi voluntad, usted haría todo lo que yo le ordenase en el mensaje telepático: desde asesinar, a realizar una intervención quirúrgica, o un análisis de laboratorio, o…

—Deje ya de decir tonterías —refunfuñó Brigitte—. Mire, Espectrus, o como quiera que se llame usted realmente: no sé dónde estoy, ni quién es usted, ni de qué recursos dispone, pero tenga lo que tenga a su favor, créame, es mejor que me deje marchar y se olvide de todo este asunto dislocado del que no entiendo nada de nada. En estos momentos, entérese bien, todos los agentes de la CIA que operan en Estados Unidos deben de estar buscándome, y dentro de poco vendrán los que están trabajando fuera del país. Y vendrán amigos especiales míos. Se ha metido usted en un lío tal que sólo puede salir de él del modo que voy a decirle: vuelva a narcotizarme, lléveme a un sitio bien lejos del lugar donde estamos, déjeme en una carretera, o en el campo, y apresúrese a desaparecer y no asome sus narices durante una muy larga temporada. Si no lo hace así, Espectrus, su vida no vale nada. ¿Me he explicado?

—¿De modo que usted se permite amenazarme a mí?

—Es sólo un buen consejo, de veras.

—Bueno, bueno, bueno… ¡Bueno, bueno, bueno!

Espectrus cruzó las manos a la espalda, y se dedicó a pasear por el pequeño quirófano, pensativo, fruncido el ceño. Resultaba cómico, tan alto y delgadísimo, con aquella larga bata blanca… Un fantasma cómico, eso parecía.

Brigitte comenzaba a sonreír en el momento en que Espectrus se volvía hacia ella de pronto, y la apuntaba con un larguísimo y huesudo dedo.

—Yo le diré a usted lo que va a pasar, señorita Montfort: le voy a inyectar mi droga, y cuando despierte estará usted totalmente bajo mi control mental. Hará y dirá usted lo que yo quiera que haga y diga. Es más, ya ni siquiera será usted Brigitte Montfort, sino la persona que yo quiera que sea… ¡Le voy a demostrar cuáles son mis poderes, mis recursos! Y al mismo tiempo, enseguida, empezaré a disponer de usted como me convenga. Veamos: ¿quién dice que es usted?

—Brigitte Montfort —dijo ésta, secamente.

—¿Conque Brigitte Montfort…? Bueno, bueno, bueno… Está usted equivocada: usted es… la doctora Majors… La doctora Marlo Majors, por ejemplo. ¿Le gusta el nombre? Sí, la doctora Majors, una… admirable científica de gran talento que sabe muchíiiiiiisimas cosas. Una gran investigadora, doctora en medicina, psicóloga, etcétera, etcétera, etcétera… Y no se sorprenda de saber tantíiiiisimas cosas, porque son las que sé yo, y por tanto las que sabrá usted cuando, al despertar de mi droga, sea la doctora Marlo Majors… ¿Me ha comprendido?

—No conseguirá controlarme a mí, Espectrus.

—¿No? Muy bien.

Espectrus fue a unas estanterías cerradas, sacó un frasco que contenía un líquido rojizo, llenó con él una jeringuilla, y se acercó a Brigitte Montfort. Le clavó la aguja en la vena de la cara interna del codo derecho, e inyectó el líquido rojo.

Casi al instante, Brigitte Montfort se hundió en un sopor que terminó en el más profundo sueño.

Capítulo II

—¿Cómo se siente, doctora Majors…? ¡Ah, perdón, perdón! He querido decir profesora Majors, disculpe. ¿Cómo se encuentra?

La profesora Majors estaba sentada en un sillón de una pequeña habitación, confortablemente amueblada, pero que no tenía ventana alguna; sólo, en un ángulo cerca del techo, un renovador de aire cuyo leve zumbido se oía en el silencio. Un silencio que parecía haberse removido, batido con las palabras del hombre de la cara larga y huesuda que había hablado, y que ahora la miraba amablemente.

—Me encuentro muy bien, gracias —dijo la profesora Majors.

—Lo celebro, de veras. Ha sido muy amable al haber abandonado su próximo trabajo en la universidad para colaborar conmigo. Se lo agradezco muchísimo.

—No tiene importancia —sonrió la profesora Majors.

—¡Naturalmente que la tiene! Es usted una personalidad importante en el ambiente científico norteamericano, tiene ante sí la posibilidad…, casi la certeza de grandes éxitos oficiales, y, en cambio, ha aceptado venir aquí, para ponerse a mis órdenes… ¡Eso sí tiene importancia, en mi opinión!

—Bueno, si usted lo dice… ¿Dónde estoy?

—¡Cómo! —exclamó el hombre—. ¿No lo sabe?

—No. ¿Y quién es usted?

—Vamos, vamos, profesora… ¡Soy su viejo amigo Espectrus! Sin duda, está fatigada del viaje, y por eso no me recuerda, pero tengo la certeza de que haciendo un pequeño esfuerzo me recordará… ¿Lo va a hacer, profesora, por favor?

Espectrus la miraba fijamente, fijamente, fijamente… La profesora Majors no podía parpadear. Tenía la angustiosa sensación de que si dejaba de mirar aquellos ojos acuosos de tonalidad azul gris su vida iba a terminar.

—Sí… Oh, sí, le recuerdo ahora perfectamente, Espectrus.

—Claro —sonrió Espectrus—: ¡no podía ser de otro modo! En cuanto al lugar donde se halla, naturalmente, es mi residencia… secreta, para que nadie pueda molestarnos en nuestras investigaciones. Es lógico que las autoridades se dispongan a buscar a la profesora Marlo Majors, pero no nos encontrarán. Usted no desea que nos encuentren, ¿verdad, profesora?

—No, no lo deseo.

—¡Espléndido! Espléndido, espléndido… Y dígame: ¿qué es lo que usted desea más fervientemente, qué es lo… único que realmente desea?

—Obedecerle, ayudarle, aprender de usted.

—¡Es… plén… di… do! —Espectrus se frotó las manos—. Ya verá como ambos saldremos beneficiados de esta relación. Por supuesto, la más beneficiada será usted, ya que aprenderá cosas que jamás habría aprendido lejos de mí, de mi genio creador e investigador. Pero, como buena científica, profesora, usted ya debe de saber que incluso se puede aprender algo de un simple estudiante de Ciencias. Y aunque, ¡naturalmente!, usted no es una estudiante, cabe la posibilidad de que yo aprenda algo de usted. ¿No le parece?

La profesora Marlo Majors sonrió aduladora.

—Dudo mucho que un genio como usted pueda aprender algo de mí, Espectrus.

—Oh, ya verá como sí. De todos modos, los genios necesitamos personas altamente capacitadas que nos ayuden, que realicen labores secundarias, ya que no podemos dedicar nuestro talento a rutinas que devoran el tiempo. Es por eso que yo la invité a usted a convertirse en uno de mis ayudantes; invitación que usted tuvo la amabilidad de aceptar. ¿No es así?

—Por supuesto. Y le estoy muy agradecida, Espectrus.

—Espléndido… ¡Espléndido! Tenga la seguridad de que juntos haremos grandes cosas.

—Sí, estoy segura.

—En realidad, yo ya estoy haciendo grandes cosas.

—No podía ser de otro modo.

—Es cierto… ¡Sí, es cierto!

—Sí, cierto.

—¿Todavía está cansada?

—No, en absoluto.

—Lo celebro. Me gustaría mostrarle mi residencia, y presentarle a algunos colegas que, como usted, han aceptado ayudarme en las labores secundarias. Una ayuda que, en realidad, significa un… regalo de tiempo. ¡Tiempo, tiempo…! Mientras ellos hacen las labores rutinarias, yo dispongo de tiempo para pensar, descubrir, crear… ¡Eso es lo importante!

—En efecto.

—Muy bien… ¿Le parece que vayamos a ver a sus colegas… a nuestros colegas, quiero decir?

—Cuando usted guste.

—Ahora mismo. Así pues, profesora, tenga la bondad de ponerse en pie y seguirme.

—Sí.

Marlo Majors se puso en pie, sin dejar de mirar a Espectrus. Éste se dirigió hacia la puerta, y la profesora le siguió. Sentía algo extraño en la cabeza, como si en alguna parte de ésta hubiera un pequeño vacío, un espacio sin ocupar. Era la sensación más extraordinaria que había sentido en toda su vida. Y sentía también otra sensación casi tan extraordinaria: la de que ella no estaba hablando, sino que lo hacía otra persona…

No, no era esto.

Más bien, ella era la que hablaba, pero no la que seleccionaba las palabras, ni el tema de la conversación.

Al caminar, al mover los brazos, notó un leve dolor en el brazo derecho, a la altura del codo. Miró. En la cara interna del codo vio el pequeño punto oscuro, levemente hinchado. Como una pequeña peca. Se frotó suavemente con la yema de un dedo. No, no era una peca dolorosa, lo que habría resultado absurdo. Era un pinchazo. Un pinchazo de aguja inyectable…

—¿Le duele? —preguntó Espectrus, solícito.

—Un poco. Apenas nada. ¿Qué es, qué ha pasado?

—Me pareció que estaba usted demasiado fatigada del viaje, y le inyecté un estimulante… ¡Pero no se preocupe! No se trata de una droga convencional farmacéutica, ni mucho menos, claro está, de nada peligroso, nada de eso que circula clandestinamente por el mundo exterior. Es una droga de mi invención, que produce efectos

estimulantes pero dentro de un gran estado de relajación, de serenidad, de tranquilidad. ¿No se siente usted así, profesora?: relajada, serena, tranquila…

—Sí, es cierto… ¡Así me siento!

—Espléndido. Por favor…

Espectrus abrió la puerta de la habitación, y le cedió el paso, cortésmente. Marlo Majors salió a un pasillo amplio, en el que distinguió varias puertas como la que se cerraba tras ella. La iluminación era eléctrica, no había luz natural en parte alguna.

—¿Estamos en un sótano? —preguntó.

—No exactamente. Ya irá conociendo el lugar. Venga.

Recorrieron el pasillo, hasta la puerta que había al fondo, y que también abrió Espectrus, cediéndole el paso de nuevo. Había una sala cuadrada, de unos cinco o seis metros de lado, en cada uno de los cuales había una puerta: una enfrente, una a la derecha, otra a la izquierda, y la que había quedado a la espalda de Marlo Majors. Había algunos asientos, y, en los rincones, grandes tiestos en los que se veían grandes, bonitas… y artificiales plantas verdes. Tan visiblemente artificiales que Marlo Majors sintió un leve repeluzno, una sensación… macabra, grotesca.

Pero más macabra era la decoración de aquella especie de sala y distribuidor. Una decoración compuesta exclusivamente por láminas de litografía representando el cuerpo humano o partes de éste, tanto internas como externas. Una de las láminas ofrecía la imagen de un esqueleto. Otra, sólo un cráneo, de enorme tamaño. Había otra imagen que la profesora Majors tardó un par de segundos en identificar: era una columna vertebral humana. En otras láminas, se veían fotografías o dibujos de cerebros humanos. Algunas estaban en colores. En sombríos colores grises, negros y rojovioláceo; éstas, claro, no eran fotografías…

Marlo respingó.

¿Las otras sí eran fotografías de cerebros? Claro que no… Debían de ser también dibujos…

—Es una decoración muy apropiada, muy adecuada a este lugar ¿no cree? —inquirió amablemente Espectrus.

—Sí, evidentemente.

—Evidentemente. Bien, hemos dejado atrás la parte destinada a los alojamientos de ustedes, mis colaboradores. Ahora, estamos en

el distribuidor. La puerta de la derecha conduce a los alojamientos de personal subalterno, que disponen de un pequeño laboratorio para realizar las labores auxiliares. Fíjese bien que digo «auxiliares», no las rutinarias de investigación. Ese personal, como habrá ya comprendido, es de primera clase en su especialidad, pero no forma parte de mi grupo de colaboradores directos, que, como usted, tienen su alojamiento en las habitaciones del pasillo que acabamos de recorrer. La puerta de enfrente es el laboratorio grande. La de la izquierda corresponde a una sala de descanso, donde se reúnen mi colaboradores (colaboradores, insisto, no auxiliares, ya que éstos tienen todas sus dependencias en esa parte) —señaló la puerta de la derecha— para descansar y cambiar impresiones. Es un lugar agradable, que espero sepa disfrutar mientras conversa con sus compañeros de investigación. Bien, ¿qué prefiere ver primero, el laboratorio o a sus compañeros, que están descansando ahora, precisamente?

—Lo que usted desee —murmuró Marlo.

—Espléndido —sonrió Espectrus—… ¡Exactamente, lo que yo desee! Bien, opino que será mejor que vea, antes que nada, nuestro laboratorio. Venga, por favor.

Cruzaron la sala-distribuidor, y otra vez Espectrus se mostró sumamente cortés, abriendo la puerta y cediendo el paso a Marlo Majors.

Nada más entrar, ésta quedó como si acabaran de clavarle los pies al suelo.

El laboratorio era enorme, considerando que, de acuerdo a todos los indicios, no se trataba de un lugar oficial, sino privado. Debía de medir no menos de treinta metros de largo por casi veinte de ancho. Enorme, para ser privado. Y parecía que se disponía allí de todos los elementos necesarios para llevar a cabo investigaciones de auténtica envergadura. Había instalaciones electrónicas, entre las que destacaba una computadora. Instalaciones para investigaciones estrictamente químicas. Instalaciones capacitadas para llevar a cabo el más profundo estudio sobre el ser humano, desde un modernísimo aparato de rayos X hasta los destinados a obtener encefalogramas y todas sus derivaciones.

Era aquí, en esta parte, donde Marlo Majors vio la gran caja de cristal. Era como un… féretro de tamaño doble a los corrientes.

—Es el Verificador —dijo Espectrus—… Sin duda recuerda usted que le hablé del Verificador, profesora.

—Sí… En efecto.

—Acérquese, acérquese… Lo demás no vale la pena que se moleste en examinarlo de cerca, pues debe de estar usted familiarizada con todos estos aparatos… ¿Acierto?

—Sí, por supuesto, sí.

—Espléndido —sonrió como divertido Espectrus—… Venga, venga, le mostraré mi invento, el Verificador.

Marlo se acercó a aquella especie de ataúd. En realidad, era una cubierta de cristal puro que se asentaba sobre una base metálica de la que salían abrazaderas y conexiones al extremo de conductos forrados de acero. Todo el interior estaba liso y vacío, excepto en la parte que correspondía, evidentemente, a la cabeza, pues era la más ancha. De allí, al extremo de otros tantos cables forrados de acero, partían tres cascos también de acero, del tamaño aproximado de una cabeza humana. Tres, no uno. Y había también diversas conexiones, electrodos, agujas…

Espectrus señaló el aparato, doble de grande que uno normal de rayos X, que estaba cerca de la cabecera de aquella especie de ataúd de cristal. Había en él varias pantallas, que parecían las de pequeños televisores, y, encima de todas, otra, más grande.

—Todos los resultados del examen del Verificador van apareciendo en esas pantallas —fue señalando Espectrus—. Finalmente, el resultado global del ser examinado aparece bien especificado en la pantalla superior, a la que llamamos el expositor. Expositor de cualidades o defectos del ser examinado. Pero, sobre todo, expone el grado de inteligencia del individuo, sea persona, animal o planta. ¿Recuerda que le hablé antes de esto, profesora?

—Sí, lo recuerdo. ¿En esta máquina me… catalogó usted a mí?

—Efectivamente. Con resultados más que satisfactorios. Yo diría que sorprendentes. Su inteligencia… Oh, pero ya hablamos de eso. En cuanto al Verificador, su manejo ha de resultarle a usted sumamente sencillo una vez haya recibido mis instrucciones. Hay que colocar bajo la tapa de cristal al individuo, efectuar las conexiones a las diferentes partes de su cuerpo, concediendo especial cuidado, naturalmente, a la cabeza, y, a partir de ese momento, las pantallas nos lo irán diciendo todo… Tendrá usted

oportunidad de manejarlo, se lo aseguro.

Marlo Majors asintió. Escuchaba a Espectrus mientras iba mirando alrededor. Tenía una extraña sensación: la de que conocía muy bien todos aquellos aparatos…, y la de que no conocía en absoluto nada de lo que había allí dentro. Como si en su mente hubiese dos alternativas: conocimiento total e ignorancia total, todo junto…, esperando una definición.

Se tocó la frente. Le ardía.

—¿Le ocurre algo?

Miró de nuevo a Espectrus.

—No sé… Creo que tengo calor. Todo esto está demasiado cerrado, demasiado aislado… ¿No hay ninguna ventana?

—El aire es renovado continuamente, no se preocupe. Quizá le cueste un poco acostumbrarse, pero lo conseguirá. No va a tener problemas aquí dentro.

Marlo Majors asintió, mientras de nuevo miraba alrededor.

Y de pronto, hacia el fondo del laboratorio, vio relucir algo en unas estanterías. Se quedó mirando allá fijamente…

—Venga, le mostraré lo que es. Y espero que pronto trabajará usted con ese material.

Sí, le ardía la frente.

Volvió a tocarla. Le ardía… Tuvo la sensación de haber tocado… una plancha. Una plancha de planchar ropa, caliente. ¿Una plancha su frente? ¡Qué tontería! ¿O no? ¿O no? Remotamente, pensó en lo que hacía calentarse la plancha normal y corriente: una resistencia eléctrica que se ponía incandescente. Una resistencia… Llegaba energía, encontraba una resistencia, y la calentaba, la hacía… arder.

Remotamente, se le ocurrió que quizá su mente era una resistencia que estaba recibiendo una corriente a la que se oponía. Pero ¿qué corriente podía recibir su mente? Sólo encontró una respuesta: una corriente mental. Una corriente mental contra la que su propia mente intentaba sostener una lucha…, en la que estaba perdiendo, en la que estaba llevando la peor parte.

Ahora le ardían las orejas, y sentía como si sus ojos fuesen bolas de fuego. O bombillas. Tenía calientes los ojos, y las orejas, y las mejillas. Y la garganta era una pura brasa. Tenía caliente toda la cabeza.

Se detuvo. Se tambaleó.

Notó el contacto en un brazo, y miró. Era una mano huesuda, grande, blanquísima. Las venas, muy prominentes, tenían un decidido, perfecto tono azul.

—Profesora Majors.

Alzó la mirada hacia los ojos de Espectrus, recibió la mirada de éste, directa, fija, penetrante. Y tuvo entonces otra sensación nueva: la de que su mente había sido… desconectada, de modo que ya no funcionaba la resistencia. Rápidamente, toda su cabeza se fue refrescando, los pensamientos dejaron de luchar, todo volvió a la calma.

—Se encuentra mejor ahora.

No era una pregunta, sino una afirmación.

—Sí, es verdad.

—No debe oponer resistencia alguna a los pensamientos que aparecen, flotantes, en su mente.

—Pero es que tengo… otros diferentes, como… lejanos…

—Abandone esos pensamientos. Sólo atienda los que flotan en la superficie de su mente, procedentes del exterior. No atienda en absoluto los de su interior, sólo los que llegan del exterior…, de mí.

—Sí, lo haré.

—Espléndido, porque lo contrario podría ocasionarle un… cortocircuito mortal, un *shock* que no podría soportar.

—Sí, está bien.

—Eso es. Bien, vea ahora nuestros conejillos de Indias, nuestras cobayas especiales. ¿Los identifica?

Marlo se quedó mirando, absorta, lo que Espectrus había definido como cobayas. Estaban dentro de grandes frascos de cristal, flotando en un líquido ambarino, casi transparente… Todavía tardó unos segundos en asimilar lo que eran aquellas cobayas: eran cerebros.

Cerebros. Cerebros.

Cerebros.

—Son… cerebros —susurró.

—Naturalmente. Cerebros humanos. ¿Cómo, si no, podríamos realizar nuestras investigaciones?

Marlo asintió. Había por lo menos cincuenta o sesenta recipientes conteniendo otros tantos cerebros. Cerebros humanos. ¿De dónde los había sacado Espectrus? Bueno, ésta era una

pregunta realmente estúpida: ¿de dónde podían sacarse los cerebros humanos, sino de las cabezas de los seres humanos?

Marlo volvió a sentir calor en la frente, y en los ojos. De algún oscuro lugar remotísimo llegaban de nuevo pensamientos que se resistían a la realidad inmediata de su mente. Una mente que parecía dispuesta a resquebrajarse, a abrirse en dos, a convertirse en doble, a adquirir una antagónica dualidad. La oleada de pensamientos remotos implicaba un rechazo hacia lo que estaba viendo. Pero los pensamientos inmediatos, aquellos que llegaban de fuera, que parecían flotar en su mente inmediata, querían aceptarlo todo con naturalidad absoluta.

El dolor intenso en la cabeza le hizo comprender que estaba provocando en su mente remota (pero suya al fin) el cortocircuito que había mencionado Espectrus. Podía incluso morir, por supuesto… De modo que realizó un esfuerzo para alejar los pensamientos remotos y «vivir» con los que flotaban en su mente inmediata, los que flotaban…

—¿Conservan algunas funciones? —Oyó su propia voz.

—No, no… ¡Imposible…, por el momento! Funciones, no. Lo que sí conservan estos cerebros, se lo garantizo, son cualidades, propiedades, facultades.

—¿Y eso qué significa? —Oyó de nuevo Marlo su voz.

—Bueno, ¿cómo se lo explicaría? —rió Espectrus—. Digamos que una naranja no deja de ser una naranja aunque ya no forme parte del árbol, del naranjo. Ya no cumple sus funciones de naranja en el naranjo, pero sigue siendo una naranja, con todas las propiedades, cualidades y facultades de una naranja. Una vez separada del árbol, del naranjo, la naranja ya no forma parte de éste, deja de realizar las funciones que le corresponden en el naranjo. El naranjo pierde a la naranja. Sin embargo, la naranja será aprovechada.

—Las naranjas se comen —murmuró Marlo.

—Efectivamente —rió Espectrus de nuevo.

En la mente de Marlo Majors, en las dos mentes, apareció la imagen de una naranja. Alguien se comía la naranja. Muy bien. Luego, aparecieron imágenes de aquellos cerebros que estaba viendo flotando en aquel líquido. Alguien se comía los… los…

Se volvió hacia un lado, y comenzó a vomitar con terrible

violencia. Notó en su espalda los cariñosos golpecitos que le propinaba Espectrus, pero no hizo caso. Lo único que podía hacer en aquellos momentos, era vomitar…

—Vamos, vamos, profesora Majors… Tranquilícese, querida. ¡Nadie ha dicho que estos cerebros estén aquí para ser comidos!

La imagen volvió. Alguien se comía los cerebros… Marlo Majors ya no podía vomitar más. Se encontró sentada en una silla. Espectrus estaba de pie ante ella, tan alto, tan delgado, tan… esquelético, fantasmal, macabro…, ¡casi siniestro ahora!

—¿Se encuentra mejor?

Marlo quiso hablar, pero tenía la boca pastosa. Era una sensación desagradabilísima, nauseabunda. Oyó el chasquido de una puerta. Espectrus, unos pasos más allá, acababa de cerrar la puerta de lo que debía de ser un refrigerador, y se acercaba a ella con un vaso y una botella que parecía contener agua. Vertió una cantidad, y le tendió el vaso.

Era agua.

Bebió con mesura, buscando ante todo la desaparición del regusto agrio y amargo. Devolvió el vaso.

—Me parece que será mejor que esperemos otro momento para conversar de nuevo sobre el tema —dijo Espectrus—. Así que vamos a ver a nuestros colegas. ¿Se encuentra en condiciones?

—Sí…, pero el suelo… He ensuciado…

—No se preocupe. Ya le dije que tenemos personal subalterno, que se encarga de estas cosas, precisamente: limpieza, mantenimiento, cuidados y orden general… No se preocupe.

Marlo asintió, y se puso en pie. Irresistiblemente, su mirada se dirigió hacia los recipientes que contenían los cerebros, y se dio cuenta entonces de que cada recipiente tenía una etiqueta adherida cerca de la base.

—En esas etiquetas —captó Espectrus sus pensamientos— están anotados los nombres de los cerebros, así como su grado de inteligencia y otras características mentales y físicas. Bueno, usted tiene que entender: no los nombres de los cerebros, sino de los que fueron propietarios de esos cerebros. ¿No quiere leer algunos nombres?

Marlo asintió, y se acercó de nuevo a las estanterías. Leyó un nombre, luego otro, otro… En su rostro iba apareciendo el

desconcierto, el asombro, la incredulidad.

Se volvió a mirar al sonriente Espectrus.

—Pero… pe… pero… estos nombres… ¡corresponden todos a personas de renombre en el país! —exclamó.

—En efecto —asintió Espectrus—… Lamentablemente, hasta el momento mis operaciones han tenido que limitarse a Estados Unidos. Pero no hace mucho recibí una buena inyección de dinero, casi dos millones de dólares, y espero extender pronto mis operaciones al resto del mundo, ya que, como usted comprenderá, no sólo en Estados Unidos hay cerebros brillantes.

—¿A qué… a qué operaciones se refiere usted?

—Al aprovisionamiento de cerebros, naturalmente.

—Me parece que no comprendo bien… ¿Estos cerebros le fueron donados a usted?

—¡Claro que no! —soltó una carcajada Espectrus.

—Pero entonces… ¿cómo están aquí?

—Lo sabrá usted muy pronto, profesora. Vamos a ver a nuestros colegas. La tomó amablemente del brazo, y la condujo hacia la puerta del laboratorio.

Capítulo III

Espectrus abrió la puerta, y una vez más se apartó. Marlo Majors entró en aquella estancia, cuya primera impresión, en efecto, era de confort, de tranquilidad, de relajamiento. Los puntos de luz estaban situados de modo que ésta resultaba sedante, bien distribuida.

—Dama y caballeros —dijo Espectrus—, les presento a la profesora Marlo Majors.

Había una mujer y tres hombres. Éstos se pusieron en pie, aquélla permaneció sentada. Quizá por esto, Marlo se fijó especialmente en ella. En sus ojos, sobre todo.

Y sintió como una corriente de frío que penetrara en su cuerpo, hiciera un veloz recorrido por éste, y quedara fija en su espalda…, en su columna vertebral. Era una mujer… helada, rígida, que provocaba un terrible desasosiego. Sus cabellos eran rojos; sus ojos verdes y grandes, más que grandes, ¡enormes!, y aparecían saltones como los de una rana. ¡Mucho más saltones que los de una rana! Su boca era diminuta, de labios delgadísimos y casi blancos.

Llevaba una bata blanca en la que no había forma o relieve alguno de cuerpo femenino; como si no tuviera senos. Sus manos parecían incluso más blancas que la bata, y destacaban poderosamente debido al rojo esmalte de las sólidas, largas, afiladas uñas. Era… repugnante.

—La doctora Narriman —presentó Espectrus—… ¡Un cerebro verdaderamente brillante, profesora!

—Encantada, doctora —murmuró Marlo—… ¿Cómo está usted?

—Es un placer —sonrió extrañamente la doctora Narriman.

Y al sonreír, mostró unos dientes grandes, amarillentos, desordenados dentro de la diminuta boca. Cerca de las comisuras de ésta, Marlo divisó sendos colmillos extraordinariamente crecidos y puntiagudos.

Seguía teniendo aquel frío en la espalda.

—El profesor Kovasky —seguía presentando Espectrus—, y los doctores Cornflower y Des Moines.

Marlo los saludó con un gesto de la cabeza. El profesor Kovasky se acercó a ella, sonriendo, tendiendo la mano. Era menudo, rechoncho, calvo, de ojos diminutos y azules, gran boca, enormes orejas. Su blanca bata mostraba manchas de todos los colores, formas y tamaños.

—Encantado, profesora. Tengo la certeza de que su bella presencia va a alegrar viejos corazones endurecidos.

Marlo pensó que todo aquello era una idiotez, pero sonrió.

—Gracias, profesor… Es usted muy amable.

Tendió sucesivamente luego la mano a los doctores Cornflower y Des Moines. Éste era de mediana estatura, simiesco, dotado de una frente más estrecha que la de un chimpancé; sus ojos, pequeños y oscuros, se movían mucho, incesantemente. A Marlo le recordó precisamente a un chimpancé buscando orugas. Fue un pensamiento que llegó de lo más remoto, pero que no pudo evitar. Tenía las manos grandes, fortísimas, peludas. Talmente parecía, sin discusión, un enorme chimpancé.

Cornflower, en cambio, le pareció un loro. O un guacamayo, o cualquiera de esas aves tropicales de gran pico (en el caso de Cornflower una enorme nariz ganchuda) y ojos malévolos, de mirada que no auguraba nada bueno. Tenía el pecho hundido, sus manos eran largas y frías, manchadas espantosamente de nicotina; sus cabellos parecían formar un cómico penacho por encima de una frente angosta y arrugada.

Ninguno de los dos dijo nada, y Marlo se limitó a sonreírles, mientras sentía una profunda angustia, un tremendo pellizco en el estómago. Eran unos seres… inquietantes, ¡horrendos! Y la miraban con curiosidad y con sorna. Sí, con sorna, con burla, malignamente, perversamente…

—La profesora Majors —explicaba Espectrus— ha pasado a formar parte de nuestro equipo. Naturalmente, ni siquiera ha comenzado su fase de adaptación, por lo que espero la colaboración de todos ustedes para que se integre pronto de un modo definitivo… En especial, espero la ayuda de usted, doctora Narriman, como mujer que es.

—Tendré mucho gusto —asintió la Narriman. Espectrus miró

amabilísimamente a Marlo.

—Estoy seguro de que serán ustedes grandes amigos. Y ahora, a fin de que se vayan conociendo mejor, los dejo charlando, mientras yo preparo un trabajo para todos. Hasta luego.

La puerta batió a espaldas de Espectrus. Marlo apartó la mirada de allí, y la pasó rápidamente por sus «colegas». Se suponía que todos debían de tener un alto grado de inteligencia, pero la impresión de Marlo era más bien opuesta: ninguno de ellos aparentaba un grado de inteligencia ni siquiera cercano a la media normal.

—Es usted bonita —dijo Cornflower, acercándose.

Y, sin más, puso sus manos sobre los senos de Marlo, y los apretó. Acto seguido, se echó a reír. Marlo, que se había encogido instintivamente, desvió la mirada hacia la doctora Narriman, que sonreía divertida.

—Es una suerte para mí que haya llegado usted —dijo, con su voz chirriante—: a la larga, resulta cansado satisfacer las exigencias sexuales de tres hombres, y será un alivio su ayuda.

—¿Mi… ayuda?

—Naturalmente, querida. En este lugar, todos nos ayudamos unos a otros en todo. Resulta lógico, por tanto, que si Cornflower, por ejemplo, está excitado sexualmente, nosotras colmemos esa… necesidad vital. ¿No está de acuerdo?

—Yo también fornicaré con la profesora Majors —dijo Kovasky—. Claro está, querida Jo, agradezco tus servicios prestados, pero es agradable variar de hembra.

—Por supuesto, querido —asintió Jo Narriman—. Lo entiendo perfectamente. ¿Des Moines?

—Oh, sí —asintió éste—… A mí también me gusta mucho la profesora. Fijaros en su piel: está maravillosamente bronceada. ¿Le gusta a usted el sol, profesora?

—Sí… Naturalmente —casi tartamudeó Marlo—… Claro que me gusta el sol, sí. ¡Mucho!

—Se nota. ¡Qué piel tan bonita! Precisamente, parece hecha de sol. Es una lástima que pronto se le vaya destiñendo, pero ya debe de saber que aquí nunca llega el sol. ¿Toma usted el sol desnuda alguna vez?

—Sí… Con frecuencia, en efecto.

—Nos gustaría ver sus pechos. ¿Tienen el mismo tono que los brazos, quizá? —preguntó Cornflower.

Marlo iba mirando de unos a otros, vivamente, como esperando cosas terribles de un momento a otro. Cornflower se había acercado de nuevo, y ahora intentaba alzarle el vestido. Marlo le apartó las manos, y retrocedió.

—Vamos, Cornflower, no seas torpe —reprendió la Narriman—. ¡Esas cosas no se hacen así! Además, es una vulgaridad alzarle el vestido a una mujer.

—Me gustaría verle los pechos —dijo Cornflower.

—Y a mí —aseguró Des Moines.

—A mí también, claro está —dijo Kovasky.

—En ese caso, sólo tenéis que pedírselo a Majors, y ella os los enseñará. No hace falta que seáis rudos o groseros. ¿No es así, Majors?

Marlo tragó saliva. Por un lado, sentía temor. Por otro lado, había en ella aquel pensamiento remoto, aquella actitud que le impulsaba a enfrentarse a aquellos seres. Una actitud en la que no había temor alguno. Se llevó las manos a las sienes.

—No sé —murmuró—… No sé.

—Sólo se trata de ser amable con tus compañeros —dijo la Narriman, sorprendida.

—Sí… Lo comprendo, sí.

—¿Entonces…?

Los tres hombres la miraban fijamente, expectantes, entre irritados y desconcertados. Lo cierto era que parecían muy sorprendidos por su resistencia a mostrarles los senos.

Marlo Majors adoptó la actitud que le pareció más adecuada en aquel momento: se bajó el vestido por la parte superior, y se quitó el sujetador, dejando al descubierto sus hermosísimos senos. Como de muy lejos, pensaba que si alguno de ellos intentaba hacer el acto sexual con ella lo rechazaría, no se lo permitiría. Y sabía que ella podía rechazar a cualquier hombre, sin peligro alguno.

Cornflower fue el primero en tocar sus senos, de nuevo con ambas manos, muy complacido. Enseguida lo hizo Des Moines, no menos complacido, y muy pronto se unieron a estas cuatro manos las de Kovasky.

—Son divinos —dijo Des Moines—… ¡Divinos!

—Y tan sólidos, tan frescos, tan turgentes —apoyó Cornflower—… ¡Son unos pechos preciosos!

—Sin la menor duda —dijo Kovasky— la profesora Majors posee los pechos más hermosos y turgentes que he visto en mi vida… Y no lo digo con ánimo de molestarte, Jo.

—No me molestas —sonrió la Narriman.

Las seis manos seguían rivalizando en tocar los senos de Marlo. De pronto, los dedos de Kovasky tomaron delicadamente uno de los pezones.

—Observad —exclamó—… ¡Observad qué areola más delicada! Y carece de protuberancias grasientas, prácticamente. En cuanto al pezón, daos cuenta de lo esponjoso que es, y de su tamaño ideal. ¡Jamás acaricié pezones tan preciosos!

—Es evidente que nunca han segregado leche —dijo Des Moines—… ¿Verdad que nunca ha dado usted de mamar, Majors?

—No… Nunca.

—Pues es una lástima, porque creo que es usted una hembra de primera calidad. Jo, ven, fíjate en la textura de…

Para asombro de Marlo, los cuatro inquietantes personajes se dedicaron a examinar sus senos ahora desde un punto de vista estrictamente científico, fisiológico, intercambiando opiniones y comentarios a tal nivel que tuvo dificultades para comprenderlos. Todo interés sexual había desaparecido en los hombres, y discutían con Jo Narriman bajo otros puntos de vista que ya no podían inquietar a Marlo. Sin embargo, de allá lejos, de allá a lo hondo, le iba llegando el pensamiento inoportuno, el pensamiento rebelde. Parpadeó contemplando aquellas manos en sus senos, y, de pronto, retrocedió, dando unos manotazos y exclamando:

—¡Quiten sus sucias zarpas de mis pechos!

Se subió el vestido. Los demás la contemplaban atónitos. Marlo sintió que su pensamiento de rebeldía se iba incrementando, concretando. Volvió a llevarse las manos a las sienes, y estuvo así unos segundos. De pronto, dio media vuelta, y salió corriendo de la sala de descanso.

Se encontró en el distribuidor. Pensó, recordó. Estaba ahora en el centro de la cruz que formaban cuatro pasillos: dormitorios, laboratorio, dormitorios, sala de descanso… La única parte que desconocía era la del personal auxiliar. Fue hacia aquella puerta, la

abrió, y enfiló el pasillo, en el que no había nadie. Pero oía rumor de voces…

De pronto, una de las puertas de aquel pasillo se abrió, y apareció un hombre.

Un hombre alto, atlético, rubio, hermoso, de grandes ojos inteligentes, frente despejada. La sorpresa dejó paralizada a Marlo: aquel hombre era la antítesis física de las personas que acababa de dejar en la sala de descanso, era como una visión tranquilizadora, reconfortante.

Pero aquel hombre la apuntó con lo que parecía una pistola y enseguida Marlo oyó un chasquido, y en el acto sintió un leve impacto en el centro del pecho. Inmediatamente, supo que sus rodillas tocaban el suelo. Todo se oscureció, los sonidos dejaron de llegar a sus oídos. Se sentía flotar… en una oscuridad que la acogió lenta, lenta, lentamente…

Lentamente.

Desapareció la luz, el tiempo, cualquier sensación. Pero no tardó en tener una sensación: un pinchazo, en alguna parte de su cuerpo. Luego, comenzaron a llegar voces, sonidos familiares. Las tinieblas se fueron disipando, como si fuesen niebla que el viento arrastraba lejos. Comenzó a ver luces que se acercaban a mucha velocidad. Los sonidos se fueron concretando, hasta que comprendió: estaba en una carretera.

La niebla oscura desapareció del todo.

Delante de ella vio dos hombres, de espaldas. Había un cristal, y en ese cristal volvían a reflejarse luces que se acercaban.

Estaba en un automóvil. Delante de ella, uno de los hombres, lo conducía.

Se cruzaban con otros vehículos. Pocos. Alrededor, todo era oscuridad.

—¿Se encuentra bien?

Volvió la cabeza hacia su derecha. Allí estaba Espectrus, sentado junto a la ventanilla. Notó otra presencia a su izquierda, y miró. Allá estaba Kovasky. Reparó en que ninguno de los dos llevaba ahora bata blanca. Iban vestidos normalmente de calle.

—Sí… Sí, gracias.

—En realidad —dijo Espectrus—, la culpa de lo ocurrido ha sido mía: no debí dejarla sola con ellos, pues todavía no está usted

totalmente dentro de mi esfera de influencia mental. Pero eso se irá solucionando con el tiempo. Ahora mismo, sintiéndome cerca, estoy seguro de que se halla más dispuesta a hacer todo cuanto se le diga. ¿No es así, profesora Majors?

—Naturalmente —oyó Marlo su voz, como lejana.

—Espléndido. Llegaremos muy pronto.

—¿Adónde?

—Al cementerio.

—¿Qué cementerio?

—Un cementerio donde esta misma tarde ha tenido lugar un interesante sepelio. ¿Le suena el nombre del general Arlington?

—Sí… Sí, sí, desde luego.

—Falleció ayer, de un colapso cardíaco. Por eso merece nuestro interés…, lo que no ocurriría si hubiese fallecido de una embolia cerebral… ¿Comprende?

—No… Me temo que no.

—Bueno, no se preocupe. —Espectrus le dio unas palmaditas en una rodilla—. Pronto comprenderá. Y yo tendré la oportunidad de cerciorarme respecto al aumento de control sobre usted. ¿Alguna vez ha llevado a cabo una disección?

—No.

—Espléndido… ¡Espléndido!

Estuvieron viajando todavía unos veinte minutos más, durante los cuales Marlo Majors se daba cuenta vagamente de una cosa por encima de otras: no conseguía pensar nada concreto. Quería sujetar pensamientos, ideas, recuerdos, pero no lo conseguía. Parecía que sólo existía aquel momento, y eso era todo.

El coche se detuvo por fin.

—Id a echar un vistazo —dijo Espectrus—, y si todo está bien, preparadlo todo. Cuando estéis listos, pensad en ello.

—Sí señor —dijo el conductor.

Él y su compañero se apearon, y se alejaron. Al seguirlos con la mirada en la oscuridad amortiguada por la luz estelar, Marlo vio, frente a ellos, algunas formas alargadas, altas… Cipreses. Eran cipreses. Se dirigían hacia un cementerio. Los perdió de vista. Miró a Espectrus, y éste susurró:

—Tranquilícese, no piense en nada.

Marlo se quedó con la mente en blanco… De nuevo dejó de

existir el tiempo.

—Profesora.

Miró a Espectrus.

—¿Qué?

—Ya han avisado de que todo está preparado. Vamos.

—Sí.

Kovasky ya había salido del coche. Ella salió detrás de Espectrus. Kovasky se reunió con ellos, portando lo que parecía una maleta. Espectrus portaba un maletín. Un maletín… Un maletín…

—Espero —captó la sonrisa de Espectrus a la luz de las estrellas— que no sienta usted temor en un cementerio.

—No. Desde luego que no.

—Espléndido.

Se encontró caminando entre tumbas y cipreses. De alguna parte llegaba aroma de flores. ¿O era su imaginación? Las blancas losas resplandecían en el suelo, de un modo azulino, frío, escalofriante Pero… ¿miedo? ¿Ella miedo? ¡Qué tontería!

No tenía ni pizca de miedo, ni el más mínimo temor a nada.

Entraron en un panteón. Vio a uno de los guapos hombres que habían viajado en la parte delantera del coche colocando lo que parecía un hule en la entrada. Luego, dos linternas fueron encendidas. Y enseguida, una tercera.

Y las tres apuntaron hacia un ataúd.

—Tenemos que hacer bien las cosas, pero, naturalmente, no se trata de perder el tiempo —oyó la voz de Espectrus—, de modo que debería comenzar enseguida, profesora.

—Sí. ¿Qué tengo que hacer?

Fue colocada junto al ataúd, que estaba abierto. Las luces de las linternas convergían sobre el cadáver de un hombre ataviado con uniforme militar. El rostro parecía de cera vieja. Olía mal… Olía de modo nauseabundo.

Oyó ruido a su derecha. Sobre el vientre del cadáver, el maletín se hallaba abierto, mostrando su contenido, el instrumental quirúrgico.

—Proceda, profesora, por favor —dijo Espectrus.

—Sí, enseguida.

Marlo tomó con mano firme un bisturí. Ahora «percibía» la llegada de pensamientos.

Tocó con una mano el frío rostro del muerto, que le pareció de hielo. Con un solo gesto, le alzó la barbilla. Luego, clavó el bisturí, y comenzó a cortar. La materia era dura, pero el filo del bisturí parecía capaz de seccionar incluso acero. Con gestos precisos, exactos, Marlo fue cortando, siempre lo más cerca posible de las clavículas. Seguían llegándole pensamientos, instrucciones. Sus manos se movían con firmeza, con seguridad, hábilmente.

De la base del cuello y de su unión en los hombros, brotaba algo parecido a… a barro negro, con una lentitud asombrosa. Era como un río espeso, denso.

Marlo Majors continuó trabajando, cortando.

Sólo necesitó tres minutos más para terminar su labor. Kovasky estaba ahora junto a ella, con la maleta abierta. Una maleta forrada interiormente de zinc, o algo parecido, de junturas herméticas. Marlo asió la cabeza por los blancos cabellos, la sacó del ataúd, y la depositó en la maleta. Kovasky la cerró. Se oyeron chasquidos metálicos.

—Terminad aquí —dijo Espectrus—… Dejadlo todo como estaba. Y no tardéis mucho.

—No señor —sonó la voz de uno de los guapos acompañantes.

El maletín del instrumental fue cerrado, tras ser colocado en su interior el bisturí, metido en una bolsa de plástico. El maletín despareció de sobre el vientre del cadáver.

—Buen trabajo, doctora Majors. ¿Nos vamos?

—Sí.

Salieron del panteón, caminaron por entre tumbas y cipreses… Sí, olía a flores, sí. Había muchas estrellas en el cielo. Llegaron al automóvil, ocuparon el asiento de atrás. Poco después llegaron los dos hombres, se sentaron en el asiento delantero. El motor del coche zumbó.

Partieron.

—Excelente trabajo en verdad —dijo Kovasky—… ¡Excelente! La felicito, Majors.

—Gracias —replicó Marlo.

—¿Le gustaría ocuparse también de la siguiente fase? —le preguntó amablemente Espectrus.

—Haré todo lo que usted me diga.

—Espléndido.

Capítulo IV

No sabía qué hora era.

Sólo sabía que estaba cansada. Poco importaba que fuese de día, de noche, o cualquier otro estadio desconocido del tiempo. Estaba cansada, y eso era todo.

Cerró la puerta de su habitación, fue directa hacia la cama, y se dejó caer, quedando tendida boca arriba. Se quedó mirando el techo. Oía el leve zumbido del acondicionador de aire. Sabía ahora dónde estaba. No en qué lugar, sino dentro de dónde estaba. Todo el edificio que Espectrus llamaba su residencia, estaba dentro de otro; de una gran nave que había visto cuando se acercaban a ella con el coche.

Era una fábrica abandonada, una industria de algo. Pero sus grandes puertas se habían abierto al acercarse el coche. Luego, fueron cerradas de nuevo, herméticamente, y se encendieron algunas luces. Sí, había entrado en una gran nave industrial en la que ahora no había nada…, excepto la «residencia» de Espectrus, sin ventana alguna, pero con una adecuada instalación de renovación de aire. Todo funcionaba a la perfección, todo era de primera calidad, todos los materiales eran de lo mejor.

¿Quién podía imaginar que dentro de un enorme edificio industrial abandonado había otro edificio, un laboratorio completísimo, computadoras, conjuntos electrónicos, quirófano, el Verificador…?

Quirófano. Quirófano. Quiróf…

Los ojos de Marlo Majors se abrieron desmesuradamente.

¡Quirófano!

¡Ella había estado trabajando en un quirófano a su regreso del cementerio!

Había cortado la cabeza a un cadáver.

Las imágenes parecieron agolparse en la mente de Marlo Majors.

Veía sus manos manejando el bisturí con el que había separado la cabeza de aquel cuerpo vestido de uniforme militar. Vio su mano izquierda alzando aquella cabeza, sujetándola por los cabellos, y depositándola en la maleta de Kovasky.

Luego, vio sus manos utilizando otros instrumentos. Ante ella, sujeta en un torno especial de acero, tenía la cabeza cortada. Ella la estaba afeitando. Estaba afeitando los canosos cabellos, y, mientras lo hacía, pensó que de no hacerlo quizás hubiesen continuado creciendo, creciendo, creciendo… Pero no. Científicamente, no se había demostrado jamás que el cabello, la barba o las uñas crecieran en los cadáveres. Remotamente, recordó la leyenda que decía que cierto médico había tenido que proceder a la reapertura de un ataúd porque el cabello y la barba del cadáver habían crecido de tal modo que habían hinchado y agrietado el féretro…

Había afeitado la cabeza colocada en el torno de acero.

Luego, con aquella sierra rodante activada por el motorcito eléctrico, había procedido a cortar el cráneo, del que saltaron esquirlas diminutas de hueso; serrín de hueso. Cerca de ella había estado sonando la voz de Espectrus… ¿O sólo había sonado dentro de su cerebro?

—Con cuidado, profesora: no debe dañar el cerebro… Tenga mucho cuidado. Así… Eso es… Espléndido, espléndido…

Una vez serrada la tapa del cráneo, habían utilizado una ventosa para alzarla, y había aparecido el cerebro.

Los desorbitados ojos de Marlo Majors se cerraron de pronto.

—No —jadeó—… ¡No, no, no! ¡NO!

Se sentó en la cama de un salto. Su pecho estaba agitadísimo.

—Yo no lo he hecho —gimió—… ¡No lo he hecho, no!

Pero veía el cerebro del general Arlington, y veía cómo el torno giraba lentamente, y cómo el cerebro, disminuido ligeramente de tamaño, se deslizaba lentamente hacia el recipiente de cristal que sostenía Espectrus, casi lleno de líquido. El cerebro terminó de salir del cráneo, se sumergió con macabro chapoteo en el líquido y quedó flotando. Parecía… un hongo. Un horripilante hongo oscuro, reluciente, espantoso…

—¡Ah! —Había exclamado Espectrus—. ¡Buen ejemplar! ¡Es una lástima que no hayamos podido disponer de él antes! Pero servirá… ¡Ya lo creo que servirá para la fabricación del Nutrex! Admirable

trabajo, profesora… Debe de estar cansada. Puede retirarse a descansar. A partir de ahora, esto es trabajo exclusivamente mío…

Sentada en la cama, Marlo Majors estaba moviendo negativamente la cabeza. Parecía una muñequita mecánica cuya única facultad fuese precisamente esa: decir que no con la cabeza. No, no, no, no, no, no, no, no, no, no, no, no, no…

El afeitado de la cabeza.

El ruido de la sierra cortando el cráneo.

El cerebro deslizándose hacia el recipiente con líquido. El cerebro flotando en aquel líquido.

—¡NNNOOOOOOO! —gritó.

Entonces hubo como un chasquido en su cabeza, sintió un terrible dolor en las sienes, y cayó hacia atrás.

Eso fue todo.

—¿Se encuentra mejor?

* * *

Parpadeó. Estaba viendo de nuevo el techo… No, no era el techo. Era una lámina metálica, de unos dos metros de larga por uno de ancha. Estaba encima de ella, a poco más de un metro. Una plancha de acero, reluciente, de superficie finísima. Parecía un espejo, pero era una plancha de acero.

Volvió la cabeza hacia donde había sonado la voz.

Había allí, de pie, un hombre alto, de rostro largo, huesudo y palidísimo, que la contemplaba risueño. Vestía bata blanca. Parecía altísimo.

—¿Quién es usted? —musitó.

El extraño, extraordinario sujeto, se echó a reír.

—Espléndido —dijo—… ¡Espléndido! La hemos dejado descansar física y mentalmente, señorita Montfort, de modo que esté dispuesta para la prueba. ¿De verdad no me recuerda?

Ella volvió a parpadear. Alzó un poco la cabeza. Estaba en una camilla metálica, sujeta a ella por abrazaderas metálicas en los tobillos, las muñecas y la cintura. Y estaba completamente desnuda. La luz de un par de potentes focos de quirófano se centraba en su cuerpo, haciendo relucir la piel dorada.

Ella volvió a mirar al hombre.

—¿Espectrus? —susurró.

—¡Ah, veo que sí me recuerda!

—Entonces ¿usted… existe?

—¡Ya ve que sí! —rió Espectrus—. Y usted también. Quiero decir que, en estos momentos, está libre de toda clase de influencia por mi parte. Digamos que su mente funciona a su ritmo y nivel normal, sin que yo ejerza control alguno sobre ella por medio de la droga que la sensibiliza para recibir con más intensidad mi… dominio telepático. Para este experimento he querido que estuviese usted liberada. Es decir, que usted no es un… robot manejado por mi cerebro, como hasta hace poco, sino que usted… es usted. ¿Lo comprende?

—Sí… ¿De qué experimento habla?

Espectrus se volvió, tomó algo, y lo mostró. En una bandeja ovalada y cóncava se veía una gran jeringuilla, ya provista de la aguja inyectable. Dentro de la jeringuilla había un líquido de color ambarino.

—Esto es Nutrex —explicó Espectrus—… ¿Quiere saber qué es exactamente?

—Sí.

—Muy bien. ¡Muy bien! —Espectrus dejó la bandeja, acercó un alto taburete, y se sentó junto a la prisionera—. Voy a intentar explicárselo de modo que lo entienda. ¿Alguna vez ha oído usted esa frase popular que dice «de lo que se come, crece»?

—Desde luego.

—Es… una superstición, una… leyenda, claro está. Por ejemplo, sería absurdo que si usted comiese judías, por ejemplo, le creciesen a usted judías por todo el cuerpo. No, no se refiere a eso la frase popular, me parece a mí, sino a otra cosa con más… posibilidades. ¿Tiene usted noticias de que los individuos de algunas tribus se comían…, o quizá se comen todavía los cadáveres de sus enemigos?

—He leído cosas sobre eso. Es una tontería.

—Quizá. Bueno, naturalmente, usted y yo no estamos hablando de la antropofagia pura y simple, ¿verdad? No se trata de comer a los enemigos muertos por… apetito vulgar y corriente. Estamos hablando de otra cosa, ¿no es cierto?

—Así lo he supuesto. Usted se refiere a que quienes comen los cadáveres de sus enemigos lo hacen para incorporarse las virtudes

de éstos.

—¡Exactamente! Sí, eso hacían… o hacen algunas tribus. Si en una batalla matan enemigos a los que admiran, luego devoran sus cadáveres, convencidos de que de este modo incorporan a sus propios cuerpos todas las buenas virtudes de sus enemigos: valor, inteligencia, habilidad, fecundidad, fuerza física, belleza… En fin, todo. Por este procedimiento, supongamos que yo admirase o envidiase algunas facultades de usted, o cualidades. Por ejemplo, usted es muy hermosa, y yo… no lo soy tanto. Así pues, para conseguir ser más hermoso, podría matarla, devorarla, digerirla…, y esperar ser muy pronto más hermoso, al haberme incorporado su belleza. ¿Estamos de acuerdo?

—Sí. Pero eso es falso, es una barbaridad.

—Tal vez. Sí, realmente, puestas así las cosas, no parece que haya muchas probabilidades de éxito, ya que, a fin de cuentas, su cuerpo sería… digerido por mí dentro de un órgano innoble, a mi juicio: el estómago. El innoble, animal, voraz estómago…, que, posteriormente, claro está, expulsaría sus… residuos. No parece que esto fuese a dar grandes resultados, en efecto, de modo que dejaremos esas creencias de tribus salvajes y pasaremos a… comprobaciones científicas no sólo dignas de mayor crédito, sino más admirables. En lugar de devorarla y defecarla, yo podría hacer con usted otra cosa mucho mejor para incorporarme sus virtudes, aunque, eso sí, las exclusivamente mentales. Su físico, muy hermoso, eso sí, no me interesa en absoluto.

—¿Le interesa… mi cerebro?

—¡Exacto! ¿Cómo podría yo asimilar sus facultades mentales, su inteligencia, su claro discernimiento, su lucidez…, y hasta es posible que sus conocimientos?

—¿Comiéndose mi cerebro?

—¡Vamos, no sea primitiva! Ya le he dicho que no se trata de comer, sino de asimilar. ¿Cómo, con qué órgano tendría que asimilar yo su cerebro para que el mío se enriqueciese con sus conocimientos, su inteligencia, su lucidez…? ¿Cómo? Pues, la respuesta es bien simple: ¡con mi propio cerebro!

—¿Asimilar mi cerebro con el suyo? ¿Cómo?

—Con el Nutrex, naturalmente. El Nutrex es un… concentrado que obtengo manipulando químicamente cualquier cerebro.

Tomemos, por ejemplo, el cerebro del general Arlington, que, cuando fue… requisado para la Ciencia, todavía estaba aprovechable. Yo manipulo ese cerebro, cuyo peso en vivo podría ser de alrededor de kilo y medio y lo… concentro, exprimo, condenso de tal modo que obtengo unos cincuenta centímetros cúbicos de una sustancia fabulosa a la que he puesto de nombre Nutrex. En esa sustancia están contenidas todas las virtudes y posibles defectos mentales del general Arlington. Esto significa que si usted recibe el Nutrex del general Arlington pasará a ser, prácticamente, el general Arlington. Y todo ello, naturalmente, sin perder sus propias facultades y cualidades mentales, ni dejar de ser quien es. Pero, se habrá incorporado al general Arlington. En otras palabras: usted, que jamás estudió la carrera militar, supongo, estaría en condiciones de desempeñar las funciones de cualquier general norteamericano. ¿Lo comprende?

—Sí. Y comprendo también que usted está loco.

—Ya, ya… Sí, eso es lo que suelen decir los ignorantes, hasta que… los convenzo de lo contrario. Y a usted voy a convencerla. No para su propio beneficio, sino para el mío. Espero que haya comprendido que he decidido incorporarla definitivamente a mi cuadro de colaboradores, cada uno de los cuales tiene una especialidad. La de usted, será la cuestión castrense. Yo necesito asesores en diversos temas, y como no puedo recurrir a los originales, me voy procurando… robots preparados con el Nutrex, a fin de consultarlos cuando lo precise. Usted será mi consejera castrense. Se preguntará: ¿por qué yo, una mujer? ¿No sería más lógico incorporar esas cualidades en un hombre? Pues no. En primer lugar, porque las cualidades mentales, usted ya sabe esto, no tienen nada que ver con el sexo. En segundo lugar, porque, precisamente, no deseo que sea tan evidente que mi consejero bélico es una persona determinada. Y en quien menos se pensaría para estos cometidos, sería en una mujer. ¿De acuerdo?

—Muy astuto.

—Noto en el tono de su voz una cierta burla. Muy bien, no me preocupa ni me disgusta eso. Al contrario: cuanta más resistencia mental se opone a mi Nutrex, más convencido quedo luego, al ver los resultados, de que he conseguido mis propósitos. Así pues, por mucho que usted pretenda resistirse, pasará a ser mi consejera

castrense. Y ni que decir tiene que en cuanto haya comprobado que usted ha asimilado perfectamente el Nutrex volveré a inyectarle mi droga y a controlar su mente con la mía. ¿Todo entendido?

—Oh, sí… Muy bien, a decir verdad, no me disgustaría ser un general sin haber estudiado la carrera ni haber participado en ninguna guerra. Más bien creo que será… emocionante, divertido, y sumamente práctico. Pero me gustaría saber cómo va a hacerme asimilar las facultades mentales del general Arlington.

—Lo va a saber enseguida.

Espectrus se puso en pie, apartó el taburete, y manipuló unos mandos. La mirada de la prisionera se alzó vivamente, al captar el movimiento en la plancha de acero suspendida sobre ella…, y que estaba bajando ahora, lentamente.

—No tema, no va a aplastarla. Solamente la mantendrá sujeta contra la camilla, a fin de que no pueda usted mover el cuerpo, lo que podría dar lugar a fatales consecuencias. En la camilla que está usted ocupando ahora hay una abertura de algo más de un metro de largo y de veinte centímetros de ancho, que va desde sus nalgas a su espalda. Es decir, que cuando yo le dé la vuelta, me ofrecerá usted solamente esa parte de su cuerpo. ¿Y sabe por qué?

La plancha había llegado ya a tocar el cuerpo de la prisionera, que había vuelto la cabeza hacia Espectrus, y le contemplaba con sobresalto. Espectrus la vio tragar saliva con dificultad, y sonrió amistosamente.

—No se preocupe. Sólo apretaré lo justo.

La plancha de acero continuó descendiendo, apretando lentamente el cuerpo de Marlo Majors contra la camilla. Los senos fueron aplastados, prensados, y también el vientre, los muslos…, pero sólo hasta que fue suficiente, hasta que la prisionera quedó entre la camilla y la plancha, igual que una salchicha o una rebanada de salami entre dos rebanadas de pan.

—Escuche —jadeó Marlo—, todo esto…

Espectrus manipuló otro mando, y todo el conjunto giró veloz y suavemente, de modo que Marlo Majors quedó boca abajo. Efectivamente, en la camilla había un rectángulo abierto en el que se veía la carne de la prisionera, como recortada, sobresaliendo un poco de los bordes de acero.

Ya no veía a Espectrus. Pero oía su voz.

—Ahora —decía—, inyectaré el Nutrex en su médula espinal, donde, como usted debe de saber, están contenidas todas las sustancias que determinan las constantes vitales e intelectuales del individuo. Esas sustancias, a las que ahora vamos a añadir el Nutrex, circulan por toda la columna vertebral, como corrientes de vida que se reparten por todo el cuerpo; pero, de modo especialísimo, esas sustancias riegan y nutren el cerebro… ¡son parte del cerebro, en realidad! Y utilizándolas como un río que va a su cerebro, voy a verter en ellas el Nutrex del general Arlington, para que ese río lleve a su cerebro nuevas facultades, nuevos conocimientos, nuevas capacidades y, sin duda alguna, nuevas experiencias, recuerdos, imágenes de la ya extinta vida física del general Arlington…

—No —gritó Marlo Majors—… ¡No quiero recibir ese Nutrex, preferiría…! En la espalda, notó de pronto el pinchazo. No fue doloroso; simplemente, lo notó. Un estremecimiento recorrió todo su cuerpo, como un calambre helado, desde la columna vertebral. Espectrus tenía razón: allí estaba todo, allí estaban todas las sensaciones del cuerpo, todo, todo, todo…

Sentía frío el rostro, y todo el cuerpo, pero, al mismo tiempo, sabía que estaba cubierta de una fina capa de sudor. Tuvo la sensación aterradora de que su mente salía del cuerpo, de que su cabeza se vaciaba. Le pareció que quedaba sólo su cuerpo en aquella camilla-prisión, mientras su cabeza salía disparada hacia una zona de una intensa negrura, girando, girando, girando…

Y otra vez desapareció el tiempo.

Emprendió el regreso.

Fue una sensación dulce, como de un viaje blando y confortable. Regresaba de una zona oscura a una zona iluminada. No tenía en su cuerpo ninguna sensación física. Sólo era una mente regresando a la luz. Pero muy pronto comenzó a percibir las sensaciones físicas, tras abrir los ojos. O quizá los había tenido abiertos, pero no había visto nada.

Ahora, sí; ahora volvía a ver la realidad física, la realidad que conocía con toda seguridad.

Estaba tendida en la camilla metálica, boca arriba; la plancha de acero había desaparecido. Miró a derecha e izquierda, y no vio a Espectrus. No vio a nadie. Estaba sola en el laboratorio. Y, además,

las abrazaderas de acero no la sujetaban. Estaba desnuda y libre sobre la camilla.

Se sentó en ésta…, y notó algo en la espalda. Flexionó y giró el brazo derecho, su mano palpó la columna vertebral, sus dedos encontraron el apósito. Debía de ser una gasa sujeta con esparadrapo Al presionarla suavemente, le dolió un poco. Eso fue todo. Recordó la aguja, y pensó que era natural que le doliese la columna vertebral.

Saltó de la camilla. Sus hermosísimos senos oscilaron elásticamente, con delicada turgencia.

—¿Espectrus? —llamó.

Silencio.

Miró alrededor. Su mirada quedó fija en la parte donde estaban los recipientes conteniendo cerebros. Se acercó allí, y los fue mirando, con franca curiosidad. Ahora se sentía natural, normal, no había antagonismos en su mente; ni vacilaciones, ni temores, ni sumisión… Se sentía bien. Era ella, simplemente.

¿Y si destruía todos aquellos cerebros contenidos en los recipientes con aquel líquido?

Reflexionó unos segundos, y decidió que no. No iba a ganar nada con ello, así que ¿por qué hacerlo, por qué molestarse?

Se dirigió hacia la puerta del laboratorio, la abrió, y salió a la sala que servía de distribuidor. La cruzó, y accedió al pasillo del departamento de dormitorios de colaboradores. En su habitación encontró sus ropas y los zapatos. Se vistió, calmosamente. No sentía nada especial…

Tenía un oído finísimo, así que captó los pasos en el corredor de los dormitorios de colaboradores. Los pasos se fueron acercando. La puerta se abrió, y tres apuestos auxiliares entraron. Altos, hermosos, rubios, sonrientes.

—Ah —dijo uno de ellos—, está aquí. Esperábamos encontrarla en el laboratorio, para llevarla a nuestra sala de descanso. Todos la están esperando allí, profesora Majors.

Ésta entornó los párpados, y ladeó la cabeza. Contempló especulativamente a los tres atléticos muchachos.

—¿Quiénes son todos? —preguntó.

—Pues, todos nuestros compañeros de servicios auxiliares. Y nosotros también, claro. ¿Vamos?

—¿Para qué? ¿Para qué me están esperando?

El auxiliar que hablaba sonrió simpáticamente.

—No ha debido molestarse en vestirse —dijo.

—¿No?

—Bueno, no tiene importancia: un vestido se quita muy fácilmente.

—Sin duda. ¿Sabe esto Espectrus? ¿Sabe él que ustedes pretenden encerrarse conmigo en una sala para usar de mí como si fuese una… prostituta de gran capacidad?

—No debe tomárselo así —sonrió otro de los muchachos—… Las cosas no son tan crudas. Simplemente, esperamos que sea amable y que nos ayude a relajarnos un poco. Y desde luego, Espectrus lo sabe: nosotros no haríamos nada que él no nos hubiese ordenado, claro está.

—De modo que Espectrus les ha «ordenado» que me lleven a su sala, y que uno tras otro, sean los que sean, me vayan poseyendo a su gusto y capricho… ¿Es eso?

—Claro. Exactamente.

—Muy bien. Vayan a decirle a Espectrus que no pienso ceder mi cuerpo para cometido tan… poco científico.

—Pero… ¡usted no entiende! No se trata de lo que pensemos nosotros, o de lo que piense usted. Se trata de lo que Espectrus ordene.

—No lo creo así. Fuera de aquí.

—Bueno… Sentiríamos mucho lastimarla, francamente.

—¿Lastimarme? ¿Quiere decir que piensan llevarme a la fuerza?

—Espectrus ha dicho lo que usted tiene que hacer. Y lo hará.

—No. No lo haré.

Los tres hombres parecían en verdad apesadumbrados, pero comenzaron a acercarse a Marlo Majors. Ésta los estuvo mirando serenamente mientras se acercaban. No parecía ni asustada, ni tan siquiera excitada; sólo especulativa, como valorando a los tres hombres, que estaban no poco desconcertados ante la serena actitud de la profesora.

—Bueno, usted va a…

Uno de ellos empezó a hablar mientras adelantaba una mano hacia Marlo. Ésta asió la mano con las dos suyas, giró pasándose el brazo del hombre por el pecho, y terminó de girar con más fuerza…

El hombre salió disparado a media altura contra la pared, proyectado por el *makikomi* de judo. Se dio de cabeza, cayó rodando, y se sentó, sacudiendo la cabeza.

Los otros dos habían lanzado sendas exclamaciones de asombro, de incredulidad. La exclamación de uno de ellos se convirtió en un grito espeluznante cuando el pie derecho de Marlo Majors subió fuertemente impulsado y se incrustó en sus genitales. El hombre palideció, se encogió, y cayó rodando, quedando tendido boca arriba, como muerto…, mientras el tercero, lanzando un grito, se abalanzaba contra Marlo.

Ésta se inclinó, recibió al hombre sobre sus hombros, se irguió fuertemente, y lo lanzó sobre la cama a impulsos del *kataguruma*. El hombre rebotó en la cama, rodó por el suelo, y cuando comenzaba a incorporarse recibió un tremendo puntapié en la boca del estómago. Sus ojos giraron, mostrando la córnea, cayó de bruces, y no se movió.

Pero el primero, ya en pie, volvía a la carga, si bien con más precauciones. Precauciones que no le sirvieron de nada, porque esta vez fue Marlo Majors quien atacó, para sobresalto de su antagonista, que, pese a todo, se dispuso a recibirla con un tremendo directo capaz de frenar cualquier avance…

No frenó nada, por la sencilla razón de que Marlo desapareció de delante de él, inclinándose. Su hombro derecho chocó con las rodillas del hombre, sus manos asieron las corvas de las rodillas, y empujó con el hombro.

El chasquido de la cabeza del hombre contra el suelo al caer de espaldas resonó en la habitación.

Y tras la caída de espaldas y cabeza, el aturdido siervo de Espectrus, que intentaba incorporarse pese a estar viendo luces a miles ante sus ojos y zumbarle la cabeza, recibió un *atemi* de judo, con el canto de la mano, en el lado derecho de la cabeza.

Cayó de lado, sin sentido.

Marlo se irguió, jadeando ligeramente, tensa todavía, dispuesta a seguir una lucha… que ya había terminado.

—¡Bravo! —Se oyó en la puerta la voz, y enseguida unos aplausos—. ¡Bravo, general Arlington!

Marlo se volvió, llameantes los ojos, con una clara actitud de ataque. Vio la pistola especial en la mano de Espectrus, respingó…

Y Espectrus disparó.

Capítulo V

—Espléndido… ¡Espléndido! ¡Ya volvemos a tenerla con nosotros, profesora Majors!

Era un continuo ir y venir de las sombras a la luz, del silencio al sonido. Marlo se quedó mirando a Espectrus, que, de pie ante ella, la contemplaba amistosamente.

—Espectrus…

—¿Qué tal? —sonrió éste—. ¿Recuerda lo ocurrido en su habitación?

Marlo Majors frunció el ceño, forzó la mente, los recuerdos. Era una sensación extraña. Como la de ser dos personas. Recordaba vagamente que antes, alguna vez, no sabía cuánto tiempo hacía, había sido otra persona.

O quizás era que la persona que era entonces recordaba que era la persona de ahora. De nuevo existía la dualidad de pensamientos, pero muy leve, levísima. Era sólo aquel débil rescoldo de antagonismo hacia aquel hombre.

¿Recordar lo ocurrido?

—¿A qué se refiere? —musitó.

—A su lucha con tres de mis hombres cuando actuaron en usted viejos recuerdos de lucha del general Arlington.

De nuevo frunció el ceño Marlo Majors. Viejos recuerdos de lucha del general Arlington… ¡Ah, sí, el general Arlington, cuyo cerebro había… asimilado ella en forma de Nutrex! ¡Y la pelea con tres hombres, a los que había vencido! De muy lejos, le llegó el pensamiento de que no tenía nada de extraordinario, ni nada que ver con el general Arlington, que ella hubiera vencido a tres hombres. Un pensamiento demasiado lejano, demasiado remoto para fijarlo. Le fue más fácil a su mente asimilar lo que le decía Espectrus.

—Sí, lo recuerdo.

—Espléndido. En aquellos momentos estaba usted en su estado natural de rebeldía contra mi control. Pero ahora no es así, ahora está perfectamente controlada. ¿No es cierto que su mente se da cuenta de ello?

—Sí… Sí.

—Y la consecuencia es que está dispuesta a obedecerme, ¿no es así?

—Naturalmente.

—Naturalmente —sonrió Espectrus—. ¿Sabe, profesora Majors?: es usted el sujeto que mejor ha respondido a la asimilación del Nutrex, de modo que, más adelante, proseguiremos con ello. ¿Qué otras mentes le gustaría asimilar? ¿Políticos, matemáticos, científicos…?

—Me gustaría asimilar la mente de un ángel —murmuró Marlo.

—¿Qué? —se sorprendió no poco Espectrus.

—La mente de un ángel.

—¿Está bromeando? —Espectrus se echó a reír—. ¡Los ángeles no existen! Vamos, vamos, será mejor que descanse ahora… Cuando se haya repuesto de todas estas últimas fatigas, tengo un trabajo especial para usted. Pero no podrá realizarlo si no descansa ahora mientras recibe las instrucciones.

Marlo miró desconcertada a Espectrus. Éste sonrió, y señaló el aparato que había sobre una mesita colocada junto a la cama. La profesora Majors miró el aparato, tratando de comprender qué era. Parecía un magnetófono…

—Lo es —recibió Espectrus su pensamiento vacilante—: es un magnetófono que pondré en marcha en cuanto usted se haya dormido. Y en estado de sueño irá aprendiendo todo cuanto yo deseo que sepa para llevar a cabo esa labor. Es un método moderno de estudio que, naturalmente, yo he perfeccionado al máximo: aprender mientras se está dormido. Me imagino que usted ya sabe algo de esto.

—Sí.

—Muy bien. Ahora, le ordeno que se duerma, a fin de que reciba mis instrucciones. ¿Me ha oído? Duérmase, profesora Majors… Le ordeno que se duerma. Duerma… Duerma… Duer…

La profesora Majors ya no oyó nada más. Se durmió profundamente.

Y entonces, estando dormida, comenzó a recibir instrucciones de Espectrus, por medio de la grabación.

* * *

El hombre detuvo el coche a un lado de la carretera, paró el motor, y miró la hora en su reloj de pulsera. Todavía faltaban casi diez minutos para la cita. Encendió un cigarrillo, y se dedicó a fumar, nerviosamente.

Debía de tener unos cincuenta años, vestía muy bien, su aspecto era próspero, su expresión inteligente, sus facciones agradables, ennoblecidas por las abundantes canas en las sienes… No estaba en absoluto convencido de todo aquello, pero no perdía nada probando. La oferta recibida anónimamente era intrigante y tentadora; un millón de dólares a cambio de adquirir, en sólo un día, la capacidad mental suficiente para acceder, incluso, a la presidencia de los Estados Unidos, por ejemplo. ¡Qué barbaridad!

Se sentía un poco en ridículo por haber acudido a la cita. Pero, en fin, ya estaba allí. Y hacía un bonito día de sol, así que daba gusto dar un paseo en coche… ¿Y si fuese verdad?

Movió la cabeza, y metió la punta del cigarrillo en el cenicero del coche. Al alzar la mirada vio a la mujer. Se acercaba, a pie, procedente del otro sentido de la carretera. Llevaba un maletín en la mano izquierda. Era morena, de largos cabellos que relucían al sol. Tenía un cuerpo precioso, increíble. Y era muy elegante…

De pronto, el senador Morrison parpadeó, incrédulo… ¡Él conocía a aquella mujer! Pero no podía ser… A medida que ella se iba acercando, Morrison iba distinguiendo mejor su rostro. Cuando vio los grandes ojos azules, ya no tuvo la menor duda. ¡La conocía perfectamente! Y ella a él, desde luego…

¿Qué significaba todo aquello?

La mujer llegó al coche, pasó al lado derecho, abrió la portezuela, y se sentó junto a Jonah Morrison. Cerró la portezuela, lo miró, y sonrió.

—Buenos días, senador Morrison.

—Señorita Montfort… ¿Es usted? —exclamó el senador.

—Comprendo que esté sorprendido —asintió Brigitte Montfort —, pero precisamente me han enviado a mí para que usted tenga la

certeza de que no estamos bromeando. Es decir, si usted me considera una persona inteligente, cuerda, y digna de confianza.

—Bueno… Sí, sí, sí… Realmente… ¡No comprendo esto!

—Es muy simple, senador. Usted recibió una oferta que le garantizaba la adquisición de un nivel mental más que suficiente para acceder, incluso, a la presidencia de Estados Unidos. Ahora bien, no se trata de eso exclusivamente lo que le ofrecemos. Usted puede elegir cualquier otra línea mental, pero siempre de unos niveles no habituales en la raza humana. Si en lugar de político, prefiere ser historiador, o técnico aeronáutico, o cualquier otra cosa, también podemos ofrecérsela en nuestro mercado de cerebros.

—¿Qué dice usted, qué… qué dice…?

—Nuestro mercado de cerebros. Es usted el que elige qué clase de cerebro quiere tener…, además del suyo, por supuesto.

—Dios mío… ¡Le juro que no lo entiendo!

—Se lo explicaré en pocas palabras. Usted, por ejemplo, decide ser presidente de Estados Unidos. Muy bien, eso indica una capacidad mental tan grande que nosotros…

—Señorita Montfort —gruñó Morrison—: usted sabe perfectamente que el hecho de ocupar la presidencia del país no significa, ni mucho menos, ser el hombre más listo de Estados Unidos. Hay mucha gente infinitamente más inteligente que el señor Carter. No es una cuestión de inteligencia, sino de… promoción, de ser digamos la persona que los dueños de la economía y el poder nacional e internacional consideran idónea para sus propósitos; para los de ellos, se entiende, no para los propósitos del seleccionado.

—Sé muy bien que en la elección del presidente de Estados Unidos intervienen factores que no sólo son desconocidos por el público, sino que si alguien se los explicase el mismo público se negaría a creerlos. En realidad, cuando se procede a las elecciones para la presidencia el Presidente ya ha sido «seleccionado», o mejor diríamos «fabricado», impuesto a la nación mediante la manipulación adecuada de las mentes de más de doscientos millones de americanos, incluso manteniéndoles «informados» de que determinados organismos de encuestas dan la mayoría al candidato X. En realidad, esto no es más que una mentalización de la masa por medio de esos… institutos de encuestas, que están

dirigidos desde la sombra por el auténtico poder americano e internacional. Todo se prepara tan sabiamente que, pese a la aparente pugna entre los diversos candidatos, ya todo está decidido, ya se sabe que el pueblo ha sido mentalizado de tal modo que su elección sólo puede ser una, prevista por los amos de siempre del país y del mundo. Entre muchas otras cosas está el hecho irrebatible de que la imagen del presidente en funciones en aquel momento se va deteriorando, no sólo por sí misma, sino porque, lógicamente, al servir intereses ajenos a la nación, ésta inicia pronto un rechazo hacia el presidente de la actualidad. O bien, ya aburre al público, que está convencido de que necesita otro presidente que le ofrezca novedades y mejoras… ¡Y quizás el nuevo lo consiga! Y así, esperanza tras esperanza, se van sucediendo las elecciones, ese juego oculto y fantástico que las mentes manipuladas o simplemente ingenuas ni siquiera pueden sospechar; un juego que resulta costoso al país, pero que sirve para hacerle creer que son los ciudadanos los que toman las decisiones, para hacerle creer que es él, el ciudadano, quien determina con sus votos lo que ha de pasar o quién va a estar como cabeza de serie en el juego político de la nación. Esto, para gente como nosotros, es evidente. Pero el ciudadano medio, el ciudadano que trabaja, y lucha, y sufre, es de una ingenuidad tal que he llegado a la conclusión de que todo lo que se puede hacer es llorar por ellos. ¿Está usted de acuerdo, senador Morrison?

—Dios mío…

—Como ve usted, no vivo engañada. Y sé que usted tampoco. Ciertamente, el problema para acceder a la presidencia no consiste en una determinada dosis de inteligencia o cultura, sino en ser el «seleccionado o fabricado» por el poder de siempre. Pero, en el caso de usted, si realmente quiere ser presidente de USA, nosotros le proporcionaríamos una… inteligencia y una capacidad tales que nadie podría detenerlo en su camino hacia la Casa Blanca. Y digo nadie, senador, porque incluso los amos del país comprenderían muy pronto que les convenía captarlo a usted para su grupo. Un hombre de su capacidad (adquirida gracias a nuestro mercado de cerebros, claro está), sólo podría seguir dos caminos: la eliminación por parte del poder de siempre, o su captación para ser uno de ellos. ¿Lo entiende?

Jonah Morrison no contestó. Sacó un pañuelo blanquísimo, y se lo pasó por la frente, donde había aparecido una ligera transpiración.

—Por supuesto, es arriesgado —dijo amablemente Brigitte Montfort, quizás un tanto irónica—, pero no tiene usted por qué decidirse por la presidencia de Estados Unidos. Puede olvidar eso y pensar en otras cosas que le gustaría dominar: la medicina, la aeronáutica, la astronomía… ¡Cualquier cosa!

—Pero yo… soy político —jadeó Morrison—. Si algo puede interesarme de ese modo sólo puede ser la política…, y dentro de ésta, naturalmente, el máximo puesto.

—Muy bien. Nuestro mercado de cerebros puede surtirlo a usted de las diferentes capacidades necesarias para que nadie pueda frenarlo en su ruta hacia la Casa Blanca. ¿Tiene usted alguna preferencia determinada?

—¿Preferencia? ¿Sobre qué?

—Sobre los cerebros que le gustaría asimilar, los que usted considera superiores, los que admira. Sin duda, usted conoce personas a las que admira por sus capacidades: políticos, militares, economistas, sociólogos…

—Sí, sí, sí… ¡Por supuesto!

—Pues bien: nosotros podemos conseguir que todas las facultades mentales de esas personas, todos sus conocimientos, aptitudes, habilidades y talentos pasen íntegramente a su cerebro.

—Usted… usted me está… tomando el pelo…

—No. ¿Usted quiere ser Presidente de Estados Unidos?

—Sí… ¡Sí!

—Bueno, en ese caso díganos qué cerebros quiere usted asimilar para adquirir tal personalidad que nadie pueda ni aproximársele. Ahora bien, si lo prefiere, nosotros mismos podemos seleccionarle los cerebros adecuados. A su gusto, senador.

Morrison volvió a pasarse el pañuelo por la frente.

—Vamos a ver si lo he entendido —jadeó—… Yo puedo… adquirir todas las cualidades de las personas que elija, de tal modo que, sumando todas esas cualidades y talentos, todo se uniría en mi… cerebro, yo solo sería tanto como todos esos hombres sumados… ¿Sí?

—Exactamente.

—Pe… pero ¿qué… qué sería de esas personas?

—Naturalmente, tendrían que morir, para que usted pudiera adquirir sus facultades cerebrales.

—¡Morir! ¿Y cómo morirían, qué… qué pasaría?

—Vamos, senador, vamos… ¡Serían asesinadas, claro está!

—Pero… pero… pero…

—Puede tomarlo o dejarlo.

Jonah Morrison ocultó el rostro entre las manos, y permaneció así no menos de un minuto. Era un hombre inteligente, culto, una persona de mundo… pero mediocre, en determinados niveles. Sabía muy bien que por sus propias facultades jamás alcanzaría puesto más alto que el de Senador. Que no era poco, desde luego, pero… ¡estaba tan lejos de sus posibilidades acceder a la presidencia! Tan lejos como la pretensión de ir caminando a la Luna.

Alzó la cabeza.

—¿Por qué me han elegido a mí? —murmuró.

—Porque tiene dinero suficiente para pagar el millón de dólares y algunos posibles gastos suplementarios que se originarían durante los asesinatos de las personas cuyos cerebros usted eligiera. Y porque sabemos que por sí mismo jamás alcanzaría la Casa Blanca. Son dos circunstancias que no concurren en todos los senadores.

—Ya. Pero… ¿quiénes son ustedes?

—Lo siento, pero no estoy autorizada a informarle de eso.

—Y usted… ¿usted qué es, qué significa dentro de ese… ese mercado de cerebros?

—Bueno, senador —sonrió deliciosamente Brigitte Montfort—, yo soy digamos el… ejemplo viviente de la serie de cualidades que se pueden adquirir en nuestro mercado.

—¿Quiere decir que usted es usted más… otros cerebros?

—Evidentemente.

—Esto no puede ser verdad… ¡Tengo que estar soñando!

—No sea vulgar, senador. Y terminamos. ¿Le interesa o no?

—Bien… No sé… Creo que sí, pero… Bueno, un millón de dólares es mucho dinero, ¿no le parece?

—Juzgue usted mismo: elija a una persona, la que quiera, y pregúntese a sí mismo si le gustaría tener el talento y todas las cualidades mentales de esa persona. Luego, pregúntese si un millón de dólares es demasiado dinero por eso.

—¿Podría… elegir las personas… los cerebros que yo quisiera?

—Sí. Pero piense usted que determinados cerebros darán lugar a una prima extra por dificultad o peligrosidad, porque comprenderá usted que no es lo mismo conseguirle el cerebro de un senador cualquiera de los Estados Unidos, o cualquier militar corriente, que los cerebros del señor Carter, del *Sha* de Persia, del general Worth, o de otras personalidades de esa importancia.

—Sí, lo entiendo. Yo… pagaría lo que fuese si pudieran conseguirme determinados cerebros.

—¿Tiene sus nombres?

Morrison se pasó la lengua por los labios, titubeó todavía unos segundos. De pronto, sacó una libretita de notas, escribió rápidamente en una hoja, la arrancó, y la tendió a Brigitte Montfort. Ésta leyó los cinco nombres, asintió, y guardó la hojita en el maletín.

—Pronto tendrá noticias nuestras, senador.

—¿Esto es todo?

—Por ahora, sí. Salvo recomendarle que reúna ya medio millón de dólares, y vaya preparando otro medio para dentro de un mes. Como usted comprenderá, cinco asesinatos de esta envergadura requieren su tiempo.

—Sí… Claro, sí.

Brigitte lo miró fijamente.

—¿Está bien seguro? ¿Procedemos a ello?

Jonah Morrison miraba también fijamente a Brigitte. Veía ante él los más hermosos ojos azules del mundo, grandes, inteligentes. Y le pareció ver en ellos como un… extraño vacío, como una inexpresividad fuera de toda descripción. Eran unos ojos bellísimos, pero… neutros. Neutros completamente.

—Sí… Sí, procedan.

—Hasta pronto, senador.

Y Brigitte Montfort, la famosa periodista, se apeó del coche del senador Jonah Morrison. Éste la estuvo mirando hasta que desapareció en la lejana curva de la carretera. Entonces puso en marcha el coche, maniobró, y emprendió el regreso a Washington.

Mientras tanto, Brigitte entraba en el coche donde la estaba esperando Espectrus. Se sentó junto a él, que hizo una seña a los dos hombres que ocupaban el asiento delantero. El coche partió.

—¿Y bien? —preguntó Espectrus.

—Todo perfecto, naturalmente —dijo Brigitte.

—¿Cómo ha sucedido, qué han hablado exactamente?

Brigitte Montfort sonrió de modo casi infantil.

—Vamos, Espectrus —dijo—, usted conoce perfectamente la conversación, palabra por palabra, gracias al micrófono que hay dentro de este maletín —lo mostró—. Incluso es posible que la haya grabado.

Espectrus también sonrió, divertido.

—Estoy muy complacido con usted, señorita Montfort. Realmente, tenía mis problemas para esta clase de contactos y contratación de clientes. Necesitaba una persona adecuada, y no me equivoqué en la elección. La felicito. Haremos grandes cosas juntos. Pero ahora, le ordeno que vuelva a ser la profesora Marlo Majors… ¿Me ha comprendido?

—Sí —parpadeó Brigitte—… Desde luego, Espectrus.

—Espléndido… ¡Espléndido! Es usted extraordinariamente fácil de manejar mentalmente. ¿Y sabe por qué?

—¿Por qué?

—Debido a su gran inteligencia. ¡Tiene un poder de captación asombroso! Recibe mis ondas mentales con una facilidad increíble. ¡Es usted el robot más perfecto de cuantos he conseguido!

—Gracias. ¿Volvemos a casa ahora?

—Sí —rió Espectrus—. Pero usted llegará dormida, tal como salió, porque todavía no me parece prudente que sepa dónde está mi residencia. Una vez en casa, descansará un par de días, y volverá a trabajar bajo mi dirección, esta vez realizando contacto con un cliente de suma importancia…

Capítulo VI

Sol Omilko, secretario del secretario del embajador del país africano llamado Cabo Sur, estaba desconcertado y emocionado. Su mirada iba con frecuencia a la mesa donde estaba sentada la hermosísima muchacha de grandes ojos azules que con tanta frecuencia se volvían hacia él.

Sí, le estaba mirando a él, a Sol Omilko, el insignificante secretario negro del secretario del embajador de Cabo Sur. Claro que en Estados Unidos, los negros, aunque no eran precisamente amados por todos los blancos, no estaban, ni mucho menos, tan despreciados y maltratados como en Cabo Sur, pero… de eso a que una mujer como aquella, joven, hermosa, de clase, y de raza blanca, lo estuviese mirando con tal insistencia hacía rato, mediaba un abismo.

Omilko había salido a dar un paseo por Washington, como todas las tardes después de terminar su trabajo en la Embajada. Alguna que otra vez iba al cine, pero generalmente paseaba, o entraba en cualquier bar de aspecto serio y tranquilo a tomar un trago. Nunca había tenido problemas de ninguna clase, ni él se había complicado la vida. Ni siquiera cuando, a la hora de pasar un agradable rato sexual, salía en busca de alguna mujer: siempre las escogía negras. Nada de complicaciones, ¡ni por asomo, ni en sueños, vamos! Una hermosa y complaciente negrita, un par de horas con ella, o quizá toda una noche si era viernes o sábado, y asunto terminado.

Pero aquella muchacha blanca de los ojos azules… Desde luego, no era una buscona. La sola idea hizo sonreír a Omilko: si algo no era la chica de los ojos azules, ese algo era puta. ¡Ni soñarlo! Entonces… ¿de qué se trataba, por qué lo miraba tanto?

La mesa cercana a la que ocupaba Omilko quedó libre en aquel momento. Inmediatamente, la muchacha de los ojos azules abandonó la suya, y fue a ocupar la cercana a Sol Omilko. Éste, ya

un poco mosqueado, se quedó mirándola fijamente.

La muchacha le sonrió.

—¿Qué tal, señor Omilko? —saludó.

El negro Omilko parpadeó. Se dio cuenta entonces de que no había nadie lo bastante cerca de él o de la muchacha para oír lo que hablasen. Maniobra que, sin duda, ella había realizado a propósito.

—¿Quién es usted? —musitó Sol—. ¿Qué quiere?

—Bueno, ahora ya hemos hablado un poco, puede parecer que hemos simpatizado, no hay gente cerca de su mesa… ¿Me invita a una copa de champaña?

Mientras hablaba, la muchacha se sentó a la mesa de Sol Omilko, frente a éste. La belleza de la mujer era impresionante. Sol Omilko, que tenía cuarenta y nueve años, medía apenas metro setenta, y estaba gordo y desgastado por una dura vida, intuía muy bien que no se trataba de ningún asunto sexual, ni de dinero. ¿Champaña? Bueno, él podía permitirse el lujo de obsequiar con champaña a una mujer tan hermosa como aquella. No todos los días, pero… ¡un día es un día!

—¿De qué me conoce usted? —murmuró, tras hacer una seña al camarero.

—Digamos que usted se dedica a la vida pública, puesto que es diplomático.

Omilko sonrió. Casi rió. ¡Diplomático!

—Me parece, señorita, que no sabe usted bien con quién está hablando.

—Oh, sí. Es usted Sol Omilko, secretario del secretario del embajador de Cabo Sur en Estados Unidos. Un don nadie, tanto aquí como en su país, donde los ciudadanos de raza negra viven sojuzgados por los de raza blanca. No obstante, les conceden insignificantes puestos en diversas actividades, a fin de… disimular su racismo, casi tan feroz como el de la República Sudafricana, pongamos por ejemplo. Por supuesto, esos empleos no están nunca a nivel decisorio en ninguna actividad, por lo que, realmente, la raza negra sigue férreamente controlada en Cabo Sur. Controlada, explotada y humillada, por mucho que el gobierno de Cabo Sur pretenda ofrecer otra imagen de su país al mundo. ¿Me he explicado bien?

Sol Omilko estaba como petrificado, fijos sus oscuros ojos en la

hermosa mujer. Cuando llegó el camarero, el negro todavía no había reaccionado. De pronto, miró al camarero.

—Champaña —murmuró—… Del mejor que tengan.

El camarero asintió en silencio, y se alejó. La muchacha de los ojos azules ofreció un cigarrillo a Omilko. Fumaron los dos… Omilko movió la cabeza.

—¿Cómo debo llamarla? —inquirió.

—Llámeme Brigitte, simplemente.

—Muy bien, Brigitte. ¿Qué desea usted de mí…, aparte de una invitación a champaña?

—¿Cuántos negros hay en su país, señor Omilko?

—Cuatro millones y medio, aproximadamente.

—¿Y blancos?

—Creo que unos trescientos mil.

—Es mucha desproporción para que los blancos sean los que tengan lo mejor de todo…, incluyéndoles a ustedes como siervos. ¿No está de acuerdo?

—¿Qué es lo que quiere usted? —Se tensó la voz de Omilko.

—¿A qué atribuye usted esa hegemonía, esa mayor fuerza en todos los órdenes dentro del país por parte de los blancos?

—No sé.

—Comprendo que se muestre reservado. Quizá desconfía de mí, y es natural…, por el momento. Yo le diré por qué existe esa hegemonía de la raza blanca sobre la negra en Cabo Sur: porque la raza blanca es más inteligente, en líneas generales, que la negra, y, además, dispone de todos los elementos culturales que le permiten siempre ocupar con natural derecho los cargos de verdadera importancia… ¿No es ésta la realidad, señor Omilko?

—Sí.

—Muy bien… ¿Le gustaría a usted poder invertir esa realidad, hacer que las cosas sucedieran exactamente al revés?

Sol Omilko sonrió ceñudamente.

—Bueno, Brigitte, se ha ganado usted ya su champaña: ¡es una conversación divertidísima!

—¿Le gustaría? —insistió con tono frío Brigitte.

—Desde luego. Pero comprendo que…

—Nosotros le ofrecemos esa posibilidad, que se convertiría en realidad si usted aceptase determinadas condiciones. No, no me

mire así: no soy una espía rusa que está intentando alguna peligrosa y más o menos absurda jugada. Nosotros no nos dedicamos al espionaje: nuestro negocio consiste en un mercado de cerebros de primera… categoría.

—Un mercado de cerebros —sonrió de nuevo Omilko—… Interesante. Oh, aquí tenemos ya el champaña…

Permanecieron callados los dos mientras el camarero servía el champaña. Cuando se retiró, Sol Omilko alzó una copa hacia Brigitte, tomó otra para sí, y la puso ante su rostro.

—Por una tarde divertida, Brigitte —brindó—… Pero no beba demasiado.

—Puedo beberme una botella de champaña entera sin que mis facultades se alteren en lo más mínimo —sonrió a su vez Brigitte—. Pero no se preocupe, me conformaré con una copa, porque si usted continúa tomándose a broma mi oferta, buscaré otro cliente.

—Salud —dijo Omilko.

Bebieron los dos. Brigitte dejó la copa, y se quedó mirando fijamente al negro.

—Supongamos que nosotros podemos conseguir que cien de los negros mejor dotados de Cabo Sur adquirieran una inteligencia superior; o, mejor dicho, unos conocimientos que les facultasen para desplazar a los cien blancos intelectualmente privilegiados de su país. Digamos que sus cien negros, señor Omilko, adquirirían unos conocimientos superiores a los que significarían haber cursado en universidades de Europa o Estados Unidos carreras de diplomáticos, científicos, sociólogos, militares, políticos, matemáticos, economistas… ¿Qué podría hacer usted con esos cien negros?

—Gobernar Cabo Sur —murmuró Omilko.

—Eso pensamos. ¿Le interesa nuestra oferta de cerebros de esa magnitud?

—No entiendo muy bien eso de los cerebros, francamente.

Brigitte se sirvió un poco más de champaña. Acto seguido, mientras lo bebía a pequeños sorbos, procedió a explicar a Sol Omilko en qué consistía el asunto del mercado de cerebros. A medida que Omilko iba comprendiendo, una expresión de incredulidad primero, de diversión en algún momento, y finalmente de espanto, al comprender la verdad base de la oferta, fueron

apareciendo en su rostro.

—Pero eso… significaría… el asesinato de… de cien personas de Cabo Sur —jadeó—… ¿O he entendido mal?

—Ha entendido perfectamente —dijo Brigitte—. Naturalmente esas cien personas serían las que ustedes eligieran. Y observe, señor Omilko, que no sólo ustedes dispondrían de esos cien cerebros asimilados, sino que tales cerebros habrían sido restados del bando de los blancos. Ellos se quedarían sin sus mejores cerebros, que pasarían a trabajar para la mayoría negra de Cabo Sur. En muy poco tiempo, las cosas cambiarían sustancialmente en su país, ¿no le parece?

—Sí, eso parece. Pero dígame: todo eso… ¿a cambio de qué?

—Habitualmente, acostumbramos a pedir dinero en cantidades importantes. Ya sabemos que en estos momentos ustedes no dispondrían de la cantidad necesaria para financiar esta operación, pero sí dispondrían de todo el tesoro público de Cabo Sur cuando estuviesen en el poder. Sin embargo, de todos modos, esta vez no queremos dinero.

—¿Qué piden, entonces?

—Piense que usted, que ahora no es más que un oscuro funcionario de la diplomacia de Cabo Sur, podría elegir el mejor o los mejores cerebros, lo que sin duda le colocaría a la cabeza del nuevo gobierno negro.

—¿Qué piden?

—Cobayas humanas. Por cada cerebro entregado a ustedes, nos tendrían que facilitar más adelante cien personas vivas y sanas para realizar experimentos científicos con ellas.

—¿Diez mil cobayas humanas?

—Ésas son las cuentas, sí. Se nos ha ocurrido que podría entregarnos diez mil blancos de su país. Sería un… sistema de exterminio de los últimos restos de posibles dirigentes o reaccionarios de la minoría blanca. No volverían a tener problemas nunca más: Cabo Sur estaría en manos de los negros, por fin y para siempre.

Sol Omilko desvió la mirada de los fríos ojos azules que le contemplaban con una inexpresividad escalofriante. Se sirvió él también otra copa de champaña, bebió un sorbo, y volvió a mirar a Brigitte.

—Hay dos posibilidades. Una, que usted esté loca como no he conocido a nadie; loca de morirse, vamos. Dos, que todo sea cierto. Si se trata de la primera posibilidad, supongo que tendré que llamar a la Policía para que envíen a alguien de un manicomio y se la lleven allá. Si se trata de la segunda posibilidad, tengo un consejo para usted: salga del alcance de mi vista antes de que decida estrangularla como a una bestia inmunda. ¿Me he explicado, Brigitte?

Brigitte se puso en pie.

—Gracias por el champaña —murmuró.

Recogió el maletín, que había tenido todo el tiempo sobre la mesa, y abandonó el bar.

Sol Omilko se sirvió la última copa que quedaba en la botella de champaña, y se quedó mirando el dorado líquido burbujeante.

Estaba decidido: no se lo diría a nadie. Podría ser que creyeran que el loco era él.

* * *

Tres días más tarde, también en Washington, y en un reservado del club «500», un representante del Sindicato del Crimen, Newton Carpenter, escuchaba pasmado, incrédulo, y en el fondo un poco irritado; a la preciosa rubia de ojos azules que le estaba haciendo las más descabelladas proposiciones que pudieran ser pensadas por el cerebro humano. Junto a él, su ayudante y lugarteniente, Dennis Falk, permanecía con la boca abierta.

No había nadie más en el reservado del club «500», propiedad de un afiliado de cierta importancia del Sindicato, que era el que había avisado de que «alguien» quería hacer una propuesta fabulosa. Y el Sindicato había enviado a Carpenter. Alto, fuerte, sólido, de unos cuarenta años, ojos estrechos, siempre entornados, astutos, penetrantes.

—Naturalmente —dijo por fin Carpenter—, usted no está pretendiendo tomarme el pelo, señorita.

—No.

—Bien. En ese caso, veamos si la he entendido correctamente, ya que no quisiera cometer ningún error al trasladar su oferta a la Junta. Vamos a ver… Ustedes necesitarán, en breve, los servicios de

alguien que sea capaz de planear y llevar a cabo toda una serie de asesinatos, que deberán ser llevados a cabo de modo que jamás puedan ser hallados los cuerpos de las víctimas. Los cuerpos…, pero sin cabezas, ya que las cabezas deberíamos… cortarlas, meterlas en unas maletas, y entregárselas a ustedes. Tales asesinatos, que se irían sucediendo no sólo en Estados Unidos, sino en el resto del mundo, serían espléndidamente pagados. ¿Es así?

—Exactamente.

—Ya. ¿Y a qué llama usted «espléndidamente» pagados?

—Les pagaríamos con inteligencia.

—Con inteligencia… ¿Puede explicarme eso de modo que yo lo entienda?

—Usted, señor Carpenter, es un delincuente, y nada más que eso. Un asesino de cierta categoría, que ha escalado un puesto más o menos importante en el Sindicato. ¿Cierto?

—Es usted muy cruda hablando —gruñó Carpenter.

—¿Cierto?

—Supongamos que sí.

—Muy bien. Como usted, hay muchos otros. Son crueles, son astutos, no se detienen ante nada, tienen mucho poder bien repartido, ejercen control sobre empresas y personas importantes… Pero, a muchos de ustedes les falta… cierto nivel intelectual, cierta base de cultura, de clase, de… envergadura, de categoría. ¿Cierto?

—Sí —gruñó Carpenter.

—Nosotros podríamos convertirlos a ustedes en personas del más alto nivel cultural e intelectual…

—¿Nos darían clases? ¿Nos enseñarían quién ganó la batalla del Shenandoah y quién pintó tal cuadro o quién compuso tal partitura? —ironizó Carpenter.

—Eso sería demasiado laborioso. Y absurdo. Veamos, señor Carpenter: ¿qué le gustaría a usted ser? ¿Médico, abogado, ingeniero, escultor…?

Carpenter entornó aún más los ojos.

—Abogado —murmuró—… ¡Siempre he lamentado no haber podido ser abogado!

—Nosotros lo convertiríamos a usted en abogado de la noche a la mañana. Es decir, no tendría usted el título, se entiende, pero sí los conocimientos de un abogado… Del abogado que usted eligiese.

Sería como si… todos los conocimientos de ese abogado pasaran íntegramente a su cabeza. ¿Me comprende?

—¿Ustedes pueden hacer eso? —exclamó Dennis Falk—. ¿Cómo?

—Nosotros podemos convertir a aquellos de ustedes que lo deseen, en lo que deseen. Es fácil comprender que en una semana, por ejemplo, todos los dirigentes del Sindicato que ahora son, en su mayoría, gente… ruda, alcanzarían unos niveles intelectuales y unos conocimientos que les capacitarían para acceder a actividades y círculos sociales en los que ahora destacarían demasiado…, y no favorablemente, por cierto. En poco tiempo, los representantes de ustedes que ustedes mismos seleccionasen estarían capacitados para comenzar a ocupar puestos importantes en todos los sectores del país que a ustedes les conviniera. Con lo que, a poco que supieran organizarse, sus tentáculos se robustecerían, y podría llegar el momento en que su control económico y social fuese enorme. Estoy segura de que me entiende, Carpenter. Y su ayudante también, ¿no es así, señor Falk?

—Bueno, creo que sí —murmuró Falk—, pero…

—Y a cambio de todo eso —dijo secamente Carpenter—, nosotros, el Sindicato, estaríamos siempre a su servicio para proporcionarles… cabezas. Ustedes nos dirían quién, cuándo y cómo debía morir, nosotros le traíamos su cabeza, y así una vez y otra proseguiría nuestra… alianza.

—Exacto, señor Carpenter. ¿Cree que esto puede interesarle a la Junta?

—Querrán saber cómo conseguiría usted eso de… situarlos en esferas a las que hasta ahora no han tenido acceso —dijo Falk.

—En efecto —apoyó Carpenter—: querrán saber eso.

—Podemos hacer una prueba con el representante de ustedes que elijan. Con usted mismo, señor Carpenter. ¿Confían en usted?

—Absolutamente.

—Entonces, cuando usted quiera lo convertimos en el abogado que quiera. Y usted mismo, entonces, podrá dedicarse a explicarles a sus jefes o socios si podemos dar o no lo que ofrecemos. Puede explicar esto a la Junta, y entonces volveremos a vernos. ¿Le parece bien aquí mismo, dentro de una semana, por ejemplo?

Newton Carpenter se quedó mirando fijamente a la rubia

muchacha que no había querido facilitar su nombre.

¿Rubia? Para él era evidente que llevaba una peluca. Aun así, aquellas facciones, aquellos ojos azules… ¿Dónde los había visto antes? Sabía que conocía aquel rostro femenino, recordaba, de modo especial, los ojos. Pero… ¿de qué, de dónde?

¿Los había visto en la televisión?

¿En periódicos, en alguna revista…, en el cine tal vez?

¿O en la Policía?

Por fin, Carpenter movió negativamente la cabeza.

—No, aquí no. Pero llame aquí dentro de una semana, y le dirán dónde y cuándo volveremos a vernos. ¿Le parece bien?

—Perfecto —asintió la rubia, que sonrió de pronto, secamente—… Y no desconfíe de nosotros: no somos la Policía, ni nada parecido. No es ninguna trampa, se lo aseguro.

Carpenter sonrió aún más secamente que la rubia, cuando contestó:

—Mejor para todos. Y ahora, puede marcharse en paz.

—Naturalmente —alzó las cejas ella—. Eso estaba previsto. No iba a ser usted tan estúpido de intentar algo contra mí teniendo la duda de si soy o no soy de la Policía. Sabíamos que podría marcharme en paz, claro está.

—Es interesante tratar con gente inteligente —gruñó Carpenter—. Adiós.

—Adiós. Adiós, señor Falk.

—Adiós —masculló éste.

La rubia salió del reservado, y poco después aparecía en la sala normal para público. Se acercó al mostrador, donde se le había exigido que dejara su maletín tras examinarlo. No habían encontrado nada, ya que el sistema microfónico de Espectrus estaba bien camuflado en la tapa, pero le habían obligado a dejarlo allí. Y no sólo eso, sino que, apenas entrar en el reservado, la habían cacheado. No habían encontrado arma alguna, naturalmente. Pero sí habían visto los varios pinchazos en ambos brazos de la hermosa rubia, en la cara interna del codo…

—¿Me devuelve mi maletín? —pidió la rubia al camarero que se había hecho cargo de él.

El hombre miró hacia la puerta del fondo, y vio allí a Carpenter, asintiendo levemente con la cabeza. Devolvió el maletín, la rubia lo

tomó, dio media vuelta para dirigirse hacia la puerta del club…, y entonces vio a «aquel» hombre que la estaba mirando fijamente.

Y nada más verlo, algo pasó en todo el sistema emocional, mental, sanguíneo de la rubia. Fue como una pequeña explosión en el estómago, que originó un desusado calor que pareció inundar rápidamente todo su cuerpo. Fue una sensación profunda, tremendamente turbadora, un poco… asfixiante, como si le faltase aire, mientras, para su mayor sorpresa, experimentaba un temblor en las piernas…

Capítulo VII

El hombre debía de tener unos cuarenta y cinco años, era alto, quizá más de metro ochenta y cinco, y tenía algunas atractivas canas en las sienes. Todo él era impresionantemente atractivo. Atlético sin exageraciones; elegante con su oscuro atuendo deportivo; de facciones viriles, angulosas, como de roca… Sí, su rostro parecía de piedra. Tenía una mandíbula sólida, granítica. Y unos ojos intensamente negros, separados. Nariz ligeramente aguileña. Estaba tan bronceado que su rostro y sus grandes manos tenían el mismo color que sus cabellos color cobre…

Era absolutamente impresionante.

En la mente de Marlo Majors, muy profundamente, se originaron recuerdos. Pero no concretos, sino borrosos, difusos… Lo que sí sabía con toda seguridad era que sentía un irresistible impulso hacia aquel hombre, cuyo rostro estaba grabado en algún lejano rincón de su segunda mente, de aquella mente que ya hacía siglos que no conseguía ordenar, fijar, centrar, coordinar…

¡Y aquel absurdo temblor de piernas…!

La rubia aspiró profundamente, y se dirigió directa hacia el hombre. Se detuvo ante él, que estaba de pie, como esperando a alguien.

—Le conozco a usted —murmuró—… ¿Verdad?

No hubo reacción alguna en el pétreo rostro del hombre. Pero sus negros ojos parecían querer llegar al fondo de los de Marlo Majors.

—Quizá —murmuró.

—Sé que le conozco… y siento… una emoción extraña al mirarlo. ¿Usted me recuerda?

El hombre no contestó. Su mirada se apartó de los azules ojos ansiosamente fijos en él, y fue hacia los brazos de la rubia. Vio los diminutos pinchazos. Luego, volvió a mirar los azules ojos.

—De momento, no —dijo—. Pero quizá si me dice su nombre…

—Marlo… Marlo Majors, profesora de universidad. Sé que nos conocemos… ¡Lo sé! Yo sé que… Oh, mi… mi cabeza…

Se llevó la mano derecha a la frente. El hombre la sujetó por el brazo, solícito, pero imperturbable.

—¿Se encuentra mal? ¿Puedo ayudarla en algo?

—No… No sé… No sé…

—¿No quiere sentarse?

Marlo Majors no contesto. Dentro de su cabeza había ahora una auténtica tempestad: las órdenes mentales de Espectrus estaban llegando con una intensidad terrible, dolorosa. Era como si la cabeza le fuese a estallar. De nuevo aquella pugna interior, aquel caos, por encima del cual flotaba el pensamiento llegado del exterior, la orden de marcharse de allí, de reunirse con quienes la estaban esperando.

—¿Quiere tomar algo? ¿Desea que llamemos un médico? —Ofrecía ahora el hombre.

Lo miro. ¡Qué rostro tan viril, tan… tan amado…! No, no podía ser amado. ¿Amaba ella a aquel hombre? ¡Qué absurdo! Si lo amase, ¿cómo podría no reconocerlo definitivamente?

—Tengo que marcharme —dijo—. Por favor, suélteme.

—Sí, por supuesto.

El hombre retiró de su brazo la mano, grande, nervuda, quemada por el sol, más que simplemente tostada. Era una mano seca, fortísima. Le había gustado sentirla en su carne…

—Adiós.

—Adiós, señorita.

Marlo Majors se alejó, con aquella sensación de pugna interior. Sentía que la cabeza le iba a estallar, porque los recuerdos lejanos llegaban con una intensidad fortísima, chocando furiosamente con la orden que le llegaba del exterior, llamándola. Y mientras ella salía del club, Carpenter y Falk llegaban junto al hombre de los ojos negros, preguntando el primero:

—¿Qué ocurre?

—¿Se refiere a la señorita? No sé… Se diría que no se encuentra muy bien.

—¿No? Bien, en ese caso, vamos a ir a buscarla para…

—Déjenla marchar.

La mano del hombre se había puesto en un brazo de Carpenter. Éste miró la mano, y luego, fríamente, los negros ojos del otro.

—Quíteme la mano de encima —susurró.

—Déjela marchar.

—Escuche —intervino Falk, agarrando la muñeca del hombre—, si le dicen que… ¡Auggfff!

El berrido brotó impetuoso por su boca procedente del fondo del estómago, donde el puño izquierdo del hombre se había hundido con una potencia escalofriante; tanta, que Falk saltó hacia atrás y rodó por el suelo sin sentido. Se oyeron algunas exclamaciones, ruido de sillas… Carpenter había tensado sus facciones, y dio un tirón para soltarse de la mano del hombre…, sin conseguirlo. Entonces, intentó golpearlo. Es decir, lo consiguió: su puño crujió en la barbilla del desconocido. Pero la cabeza de éste apenas hizo un leve gesto hacia atrás, mientras, soltando el brazo de Carpenter, le disparaba el puño a la barbilla, a su vez.

Carpenter cayó cuatro metros más allá, sin sentido, con la mandíbula rota. El hombre dio la vuelta, y salió tranquilamente del establecimiento.

* * *

Marlo Majors entró en el coche, sentándose junto a Espectrus, que gruñó inmediatamente la orden a los dos hombres que ocupaban el asiento delantero:

—Vámonos, pronto. —Agarró a Marlo de un brazo—… ¿Qué ha pasado? ¿A qué viene esta resistencia mental después de todos estos días de perfecta compenetración? ¿Y por qué no he podido escuchar su conversación con Carpenter? ¿Quién es el hombre al que ha reconocido en ese club?

Marlo Majors emitió un gemido, y se llevó las manos a las sienes. Sentía como si dentro de su cabeza se estuviesen produciendo chispazos, cortocircuitos. Y dentro de aquel remolino de dolor, de chispas, el rostro del hombre del club «500» emergía poderosamente una y otra vez, volvía, volvía, volvía…

—¡Conteste! —Oyó a Espectrus—. ¡Conteste a mis preguntas, se lo ordeno! ¿Qué ha pasado?

—No sé… ¡No lo sé! —sollozó Marlo—. ¡No lo sé, no lo sé!

—¡No se ponga histérica!

—¡No lo sé, no lo sé, no lo sé…!

La bofetada impulsó a Marlo contra la ventanilla. Dentro de su mente, de todo su cuerpo, hubo una terrible rebelión…, y eso le produjo todavía más enervamiento, más dolor, más desquiciamiento… De pronto, notó el pinchazo en el brazo. Se miró el brazo. Espectrus estaba retirando la aguja. Ella sintió aquel calor, aquella laxitud.

Luego, nada.

* * *

—¿Cómo va eso, querida?

La voz había sonado muy cerca. Abrió los ojos, y vio el rostro de Jo Narriman; el horrendo rostro de aquella mujer. Estaba sentada en el borde de su cama, le tenía una mano entre las suyas, y se la palmeaba cariñosamente.

De pie un poco por detrás de Narriman vio a los tres hombres: Kovasky, Des Moines y Cornflower… ¡Cielos, qué cuarteto más horripilante, más desagradable, más inquietante…!

—Espectrus está muy enfadado con usted —dijo Des Moines—: tuvo usted un terrible momento de rebelión mental que le forzó a él demasiado…, hasta el punto de que ahora está descansando. Ha tenido que retirarse a reponer energías mentales. Al parecer, usted le provocó grandes perturbaciones en determinado momento. ¿Qué pasó?

Marlo Majors miraba de uno a otro personaje. Sus hermosísimos ojos iban de uno a otro, velozmente, como si cada vez los descubriera en primera instancia.

—Me parece que la profesora Majors también está demasiado agotada —dijo Cornflower—. Sugiero que la dejemos descansar ahora sin artificios de drogas.

La profesora Marlo Majors abrió la boca, dispuesta a preguntar: ¿quién es la profesora Marlo Majors? Pero no hizo la pregunta, porque comprendió que se referían a ella. Mas… ¿cómo habían de referirse a ella, si ella era Brigitte Montfort…? Y de pronto, en su mente tranquilizada apareció la imagen del hombre del club «500» que tanto la había impresionado.

—Oh, Dios mío —susurró.
—¿Qué le pasa? —Se sobresaltó la Narriman—. Vamos, vamos, querida, estamos aquí para ayudarla.

Brigitte volvió a mirar de uno a otro a aquellos personajes que parecían de ciencia ficción horrorosa. Las imágenes del hombre del club «500» eran ahora más nítidas; las otras imágenes se iban difuminando. Pero las recordaba. Recordaba el rostro de Carpenter, de Falk… Las sensaciones de dos vidas en una sola mente comenzaron a antagonizarse de nuevo…, pero el antagonismo iba cediendo, una de las partes estaba ganando rápidamente a la otra.

Y de pronto, comprendió por qué. Ella estaba drogada para la sumisión, pero no había nadie allí para someterla, y ni siquiera Espectrus, que podía controlarla a cierta distancia, lograba nada ahora, pues estaba descansando del último choque con ella. Se echó a reír, de pronto. ¡Pobre Espectrus…! La había estado controlando con bastante eficacia hasta entonces, pero había tenido serias dificultades en cuanto ella vio a… al hombre del club «500».

—¿De qué se ríe ahora? —sonrió Jo Narriman, mostrando su amarillenta y puntiaguda dentadura.

—Me siento feliz, por estar rodeada de genios —dijo Brigitte Montfort. Hubo parpadeos de desconcierto, intercambio de miradas…

—¿Por qué dice eso? —inquirió Kovasky.

—¿Acaso no son ustedes genios? —preguntó ella a su vez.

—Parece como si se estuviera burlando de nosotros —gruñó Cornflower.

—¿Es que podría hacer eso? —dijo Brigitte—. ¡Vamos, no es posible que una pobre mujer «normal» como yo pueda burlarse de genios como ustedes!

—O quizá sabe la verdad —deslizó la doctora Narriman.

Brigitte se quedó mirándola fijamente.

—¿Cuál verdad? —susurró—. ¿A qué se refiere usted?

—Será mejor que duerma ahora —replicó la Narriman, sosteniendo su mirada con una firmeza insólita—… Sí, será mejor que se duerma, señorita Montfort… Duérmase. Duérmase. Duérmase…

Brigitte Montfort había cerrado los ojos casi enseguida, al tiempo que en sus hermosas facciones aparecía una gran rigidez. Su

respiración se tornó profunda y rítmica. En el silencio de la habitación, por encima del leve rumor del acondicionador, la respiración de Brigitte fue lo único que se oyó durante casi un minuto.

Por fin, Jo Narriman murmuró:

—Salgamos. Tenemos que hablar.

Se dirigieron todos hacia la puerta, que segundos después se cerraba silenciosamente. Ahora, la quietud en la habitación fue total, como irreal.

En el lecho, Brigitte seguía respirando profundamente, sosegadamente.

De pronto, abrió los ojos.

Y había en ellos una expresión de sorpresa, de desconcierto…, y hasta de sobresalto.

Pero, ciertamente, no estaba dormida.

Permaneció inmóvil en la cama, completamente relajada. La verdad, o al menos una parte de la inesperada, sorprendente verdad, iba aposentándose en su mente. En su verdadera mente de Brigitte Montfort, no en la mente de Marlo Majors.

«—Si no hubiese cerrado los ojos enseguida, si no me hubiese dado cuenta de lo que pretendía esa bruja, ahora estaría verdaderamente dormida —pensó—… Ella me habría hipnotizado. Pero no… No ella sola, sino entre los cuatro. ¡Cielos, no es posible!».

Estaba despierta porque había recibido en el acto la orden hipnótica de Jo Narriman, y había reaccionado a tiempo, se había «protegido», había tenido tiempo de bloquear su mente. Hasta entonces no lo había conseguido con Espectrus, quizá porque la droga actuaba con más intensidad. O quizá porque no estaba precisamente acostumbrada a que nadie la hipnotizara, y la novedad había sido demasiado intensa para su mente. Pero, tras aquel tiempo con Espectrus (¿cuánto tiempo llevaba bajo el control de aquel hombre?), su mente se había ido inmunizando, se había estado «entrenando» todavía más de lo que ya era natural en ella, para rechazar la hipnosis.

La hipnosis de Espectrus.

Y la de Jo Narriman y los otros tres.

Era tan fantástico lo que estaba pensando Brigitte, que no salía

de su asombro, no podía creerlo.

Se sentó en la cama, despacio, en silencio. En aquel silencio sólo turbado por los renovadores de aire.

Tras vacilar, se quitó los zapatos, y caminó hacia la puerta. Salió al pasillo, donde el silencio era idéntico. Segundos después, estaba ante la puerta de la habitación de Espectrus. La empujó, suavemente, sigilosamente, hasta alcanzar el ángulo de visión que le permitió ver la cama.

Espectrus yacía en el lecho, inmóvil como una estatua, respirando lenta y profundamente. Se acercó a él, y se quedó mirándolo. ¡Qué rostro tan notable! Ahora parecía de mármol… Sí, de mármol. Había en las facciones una cierta tensión, como una levísima crispación. Brigitte alzó un párpado de Espectrus, y vio cómo en el acto la pupila reaccionaba. Espectrus estaba bien. Sólo descansaba. Se quedó mirando aquel ojo azulgris que ahora le parecía pintado. Era como la lente de un objetivo.

¡Qué cansado estaba Espectrus, qué profundamente dormía! Debía de estar agotado. Sí, estaba agotado. Pero… ¿de controlarla a ella? ¿Realmente?

«—Muy bien —pensó la divina espía—, puedo matarlo ahora mismo, y les daría a todos mucho trabajo para reducirme de nuevo…, si es que lo lograban. Pero, como tantas veces ha quedado demostrado, para matar siempre hay tiempo».

Dejó caer el párpado de Espectrus, y salió del dormitorio.

Recorrió el pasillo, salió a la sala-distribuidor. Se acercó a la puerta de la sala de descanso. Su fino oído percibió a través de la madera la conversación entre Jo Narriman, Kovasky, Des Moines y Cornflower… No entendía las palabras, pero tenía la impresión de que conocía el tema. ¡Qué fantástico era todo aquello, qué… increíble!

Se deslizó hacia el laboratorio. Cuando entró en éste cerró la puerta cuidadosamente, y se quedó mirando ante ella. Vio el pequeño compartimiento destinado a quirófano. Los grandes recipientes conteniendo cerebros sumergidos en aquel líquido, todos los aparatos, la computadora… Se acercó a contemplar los cerebros, y estuvo leyendo los nombres de sus propietarios: personas de renombre desaparecidas hacía tiempo. Algunos nombres no los conocía.

Se volvió de espaldas a los estantes que contenían los recipientes, y de nuevo miró, buscó con la mirada. No vio nada de lo que buscaba, de lo que suponía debía de estar en alguna parte, así que abandonó el laboratorio y regresó a toda prisa al dormitorio de Espectrus.

Éste continuaba durmiendo.

Brigitte miró y palpó las paredes. Luego, abrió el armario, examinó su interior, palpó el fondo y el piso… Nada. Cerró el armario, miró de nuevo a su alrededor, a Espectrus… Salió del dormitorio, y segundos después entraba en el de Jo Narriman.

Fue directa al armario, lo abrió…, y enseguida vio la caja fuerte, empotrada allí, en una de las secciones, a nivel del suelo. Se acuclilló, se limpió cuidadosamente en su ropa las yemas de los dedos de la mano derecha, y comenzó a mover el dial de la combinación. Le molestaba el zumbido del acondicionador, de modo que tuvo que colocarse más cerca de la caja, en posición forzada hasta conseguir que una de sus orejitas quedara pegada al acero. Ahora sí… Ahora oía los mecanismos de la sólida puerta: cric… cric… cric… cric… cric… cric…

La agente Baby tardó menos de tres minutos en abrir la puerta de la caja. Lo primero que vio fueron los gruesos fajos de billetes, que, como siempre, desdeñó, y comenzó a sacarlos de la caja… De pronto, hubo una sonrisa divertida en el rostro de la espía, al recordar a Randolph Ambler, el director del York Manhattan Bank, es decir, de la sucursal de este banco que no hacía mucho había sido objeto de un atraco. Ella le había prometido a Ambler que le ayudaría a ascender en el escalafón bancario haciéndole partícipe de la devolución del dinero robado: nada menos que un millón ochocientos mil dólares[2]. Y allí estaba. No todo, pero en su mayor parte. Muy bien, podría cumplir su promesa…

En el momento en que se disponía a sacar un grueso fajo de folios, la voz sonó detrás de la agente Baby:

—Verdaderamente, es usted una mujer extraordinaria, profesora Majors… ¿O prefiere que la llamemos Brigitte Montfort, en estos momentos?

Capítulo VIII

Brigitte retiró las manos del interior de la caja, volvió la cabeza, y luego, lentamente, se puso en pie, sin dejar de mirar a Jo Narriman, tras la cual estaban Cornflower, Kovasky y Des Moines. Y detrás de éstos, no menos de tres auxiliares, armados de pistolas.

Comprendió que si no los había oído llegar se debía a su atención exclusiva a los mecanismos de apertura de la caja. Durante aquellos minutos, sólo esto había oído. Ya se sabe: el espía no puede distraerse ni un segundo.

—Dadas las circunstancias —replicó calmosamente Baby—, me parece más adecuado que me llame Brigitte, doctora.

—Muy bien. Será complacida. Y ahora, dígame: ¿cómo es posible que no esté dormida?

Brigitte sonrió irónicamente.

—Soy una chica muy despierta —dijo—. Además, puesto que Espectrus duerme, no puede controlar mi mente para obligarme a hacer lo que él quiere.

—Ya, ya —la Narriman sonrió, mostrando su desagradable dentadura—… ¿De modo que es usted verdaderamente lista… y excepcional?

—Digamos que soy extraordinariamente inteligente y excepcional. Pero, doctora Narriman, ustedes no lo son menos. ¿No es admirable?: ¡de cuatro cerebros vulgares, Espectrus ha creado cuatro mentes privilegiadas! ¡Espectrus es un genio!

—Casi, casi —rió la Narriman—… ¡Pero no tiene la vivacidad mental de usted!

—No se puede tener todo en la vida —dijo como aburrida por la vulgaridad de la frase Brigitte.

—No… Ciertamente. A mí, por ejemplo, me gustaría tener el cuerpo de usted, su rostro, sus ojos…

—Pero no mi mente, no mi cerebro, ya que el suyo es

infinitamente superior. ¿No es así?

Jo Narriman movió la cabeza con un gesto de pesar.

—¿Qué vamos a hacer con usted? —se lamentó—. Por una parte la admiro, me cae usted bien. Pero por otra parte, es demasiado inteligente para ser manejada. Y es una lástima, porque sabe usted hacer muy bien las cosas.

—No todas. Por ejemplo, no sé cómo salir de este lugar… Claro que hasta ahora tampoco me he ocupado de buscar el modo de conseguirlo.

—Ya no tendrá que molestarse. Nunca saldrá de aquí. Tanto su cuerpo como su cerebro se quedarán para siempre con nosotros. Su cuerpo, en forma de cenizas; su cerebro en forma de Nutrex. Tiene usted demasiadas cualidades para que podamos permitir que se desperdicien.

—Es usted tan amable, doctora… De veras. Supongo que debo considerar algo así como un privilegio que mi cerebro haya sido elegido para ser asimilado por ustedes. ¿O no se lo repartirán, sino que será usted sola la próxima… usuaria de mi mente? Oh, y también la del general Arlington, claro, que me fue… incorporada por Espectrus.

—Señorita Montfort, se lo aseguro: me parece lamentable que no podamos confiar en una persona como usted para que se una a nosotros.

—¿Y por qué no han de confiar en mí? Ustedes no son las únicas personas ambiciosas del mundo, doctora Narriman. Yo también lo soy, se lo aseguro. ¿Qué puede ofrecerme a cambio de mi colaboración incondicional y… finalmente sincera, voluntaria?

—La vida.

—Trato hecho.

Narriman se echó a reír. Luego, se volvió hacia los auxiliares armados.

—Esperen en el pasillo. Cierra la puerta, Kovasky.

La puerta fue cerrada.

Brigitte contemplaba especulativamente a los cuatro siniestros personajes. Físicamente, no tenía contrincante en ellos. Si había vencido a tres hombres atléticos, más fácilmente podía vencer a aquellos cuatro espantajos, matarlos a cada uno con un solo golpe. Podía hacerlo. Pero, en lugar de eso, se acercó al lecho, y se sentó

en el borde.

—Interesante reunión —comentó—. ¿De qué vamos a hablar? ¿De nuestro convenio?

—Tal vez.

—En ese caso… ¿no debería estar presente Espectrus, el gran jefe de este lugar?

—Si le parece bien, señorita Montfort, podemos dejarnos de tonterías y hablar en serio.

—Me parece bien. ¿De qué hablamos, en ese caso?

—Por lo que usted dijo al principio de su llegada aquí, la consideramos vinculada a la CIA. ¿Cierto?

—Cierto.

—¿Qué clase de vinculación?

—Mmm… ¿Cómo se lo explicaría? Digamos que hay una especie de convenio entre la CIA y yo. Yo les ayudo a resolver de cuando en cuando situaciones altamente desagradables, y a cambio ellos me ayudan a mí cuando me dedico a actividades… personales.

—¿Sólo eso? ¿No es usted agente de la CIA?

—Ah, sí, es cierto… Lo soy. Bueno, ellos se empeñaron en clasificarme en sus archivos, y me pareció absurdo negarme, ya que no sólo lo sabían todo de mí, de todos modos, sino que no me habrían hecho caso. De modo que sí, estoy en su… nómina. Por cierto, el sueldo no es demasiado bueno. Sin embargo, las primas, los… premios por misiones especiales suelen ser interesantes. Claro que no voluntariamente: soy yo quien se muestra muy exigente.

—Entiendo. Y también entendemos que es más que posible que la CIA la esté buscando.

—Es más que posible, sí.

—¿En algún momento tuvo usted… aunque sólo fuese un breve período de lucidez durante estos días pasados? ¿La suficiente lucidez como para arreglárselas para ponerse en contacto con alguno de sus compañeros?

—No. No tuve ni ocasión ni momentos de lucidez personal. ¿Por qué lo pregunta? ¿Teme ser atacada?

—Lo decía porque quizás a la CIA le interesaría… admitirnos en su nómina. Seríamos muy útiles.

Brigitte Montfort sonrió. Sonrió pese a que comenzaba a notar dificultad para pensar, para seguir manteniendo las ideas y

pensamientos de su propia mente, y comenzaban a llegar otros, aquellos pensamientos exteriores, molestos, angustiantes. Pero pese a esta dificultad, estaba adivinando los pensamientos de Jo Narriman con toda claridad. Era como si los «viese»: Jo Narriman, en el fondo, estaba asustada. Estaba pensando que habían creído haber cazado una gatita y que ahora la gatita se había convertido en pantera. No había sentido preocupación alguna al principio, posiblemente le había parecido que todo lo que ella dijo eran fantasías, pero ahora, Jo Narriman estaba asustada.

—La alianza entre la CIA y ustedes es más que posible —murmuró Brigitte, por fin—… Más o menos, son de la misma calaña. Aunque quizá no estoy hablando con propiedad: no debo decir «ustedes» sino Espectrus, ya que es él quien manda aquí, quien la dirige todo. ¿No es cierto?

—Jo —exclamó Kovasky—, no podemos ahora con ella… ¡Estamos los cuatro intentándolo, y no podemos! ¡Hay que eliminarla!

—Me temo que sí —asintió la Narriman—… ¿Estáis de acuerdo vosotros dos?

—Yo sí —asintió Des Moines.

—Yo también —gruñó Cornflower—… Lo estoy intentando, pero es como si tuviese una coraza protegiendo su mente. ¡Y no comprendo cómo puede conseguirlo, pues hasta ahora la hemos dominado!

Brigitte desvió la mirada, la fijó en el suelo.

Ellos estaban equivocados, no podía resistir más. Percibía la agresión mental de los cuatro, y era tan poderosa que sus reservas se estaban agotando rápidamente. Pero mientras tanto, todavía podía pensar con lucidez y por sí misma. Mientras tanto, estaba terminando de comprender la verdad: no era Espectrus quien mandaba allí, sino ellos cuatro. Espectrus era un «sirviente» de ellos, controlado mentalmente tanto como él la había estado controlando a ella.

Es decir, ellos cuatro la habían estado controlando utilizando a Espectrus como… intermediario. Y entonces… ¿quién o qué era Espectrus allí?

—Espectrus —dijo Narriman— es el auténtico genio del grupo.

Brigitte alzó un instante la mirada.

—Es sólo un robot de ustedes —susurró.

—Cierto. Pero ante usted y ante los auxiliares simulamos que él es quien manda. La realidad es otra: es como si el público de un teatro viesen en el escenario a un ventrílocuo manejando a cuatro muñecos. Admirarían la habilidad del ventrílocuo…, pero jamás se les ocurriría pensar que eran los muñecos los que estaban manejando al ventrílocuo, los que lo dirigían instruyéndolo acerca de las órdenes que debía darles a ellos. Es un modo inteligente de salvar la responsabilidad, los peligros. Nadie haría demasiado caso de nosotros, simples cobayas de él, si las cosas se nos ponían mal. Todo lo que tendríamos que decir sería que él nos estaba utilizando. Pero no lo controlamos sólo por eso, sino porque, en principio, Espectrus se negó a admitirnos como colaboradores auténticos para participar en sus investigaciones.

—¿Qué investigaciones?

—Ya las conoce usted, señorita Montfort —gruñó Kovasky—: realmente, Espectrus estaba dedicado al estudio de la posibilidad de absorción de unas mentes por otras. Nos enteramos, y él nos rechazó. Sin embargo, nosotros somos también científicos, y poseemos determinadas facultades y conocimientos. Unimos nuestras mentes, conseguimos controlar a Espectrus, y lo trajimos aquí, para que se dedicara de lleno a esas investigaciones. Es cierto que todavía no ha descubierto el auténtico Nutrex, pero sabemos que está en el buen camino. Por eso, necesitamos dinero y seres humanos, para financiar las investigaciones y para que él disponga siempre de cerebros con los que trabajar.

—Pero él cree que ya lo ha conseguido…

—Todavía no. Pero sabemos que lo conseguirá. Y cuando lo consiga, nosotros seremos quienes nos beneficiaremos de su logro científico. ¿Se lo imagina? ¡Podremos ser lo que queramos! Y sin necesidad de fatigosos estudios. Podemos convertir en Nutrex los cerebros de los profesores de toda una universidad, por ejemplo, y asimilarlos. Cada uno de nosotros sería, entonces, un ser capaz de dar clases a toda una universidad. Podríamos concentrar en nuestros cerebros toda la sabiduría del mundo, todos los conocimientos. Y entonces, sí: entonces sí que podríamos dedicarnos exclusivamente a la Ciencia, porque dispondríamos de todos los seres humanos que quisiéramos para las investigaciones.

En cambio, ahora, sólo podemos disponer de individuos sueltos. Y siempre es peligroso su secuestro y asesinato, siempre el riesgo de que la Policía, el FBI, la CIA, quien sea, nos llegue a descubrir un día… ¡Pero eso no sucederá cuando seamos los… directores mentales del mundo!

Brigitte aspiró profundamente.

—¿Eso es todo lo que quieren? ¿No el poder político, bélico, económico…?

—¡Todo eso son porquerías! ¡A nosotros sólo nos interesa la Ciencia, la investigación! Queremos saber qué es la VIDA, qué somos nosotros, de dónde procedemos, de qué estamos realmente hechos, porque ¿qué es la carne, la sangre, los huesos…? ¿Qué es el Universo? ¿Cómo se formó, cuándo, con qué? ¡Y así, miles de preguntas relacionadas con la VIDA, pregunta que nadie ha podido responder verdaderamente! ¿El poder…? ¡Qué estupidez! ¿Cuál poder, si dentro de cinco, diez o cien años vamos a morir? ¿No es mejor saber adónde iremos y de dónde llegamos?

—Pero ustedes me enviaron… a ofrecer el Nutrex a personas diferentes. Ellos se habrían dado cuenta de que les estaban engañando cuando no… asimilasen nada pese a serles inyectado el Nutrex.

—El Nutrex actual no sería más que un veneno de efectos retardados…, pero no para matarlos, sino para tenerlos a nuestra merced mientras los necesitásemos. Mientras nos estuviesen proporcionando dinero y cuerpos humanos, periódicamente serían inyectados con el medicamento que les permitiría seguir viviendo. Si se enfrentaban a nosotros, morirían poco después.

—¿Quiere decir… que yo llevo inyectado ese veneno?

—No, porque a usted la pensábamos utilizar largamente, y no queríamos que algún posible fallo nos privase de su colaboración. No queríamos que usted muriera.

—Pero no les importaba que muriesen otras personas. Cientos, miles de personas…

—¿Qué son las personas? Son… como hojas de un árbol… ¡Del árbol de la Vida! Unas hojas mueren, otras nacen, y mientras tanto, el árbol sigue viviendo. Pero, cuando muere este árbol, ya han crecido otros. No importan las personas, ni los árboles ni sus hojas, sino la VIDA. ¿Y qué es la VIDA? ¡Eso es lo que queremos saber! Lo

demás, no nos importa. Si hemos de sacrificar mil personas, lo haremos, como si hemos de sacrificar un millón. Y cuando Espectrus haya conseguido el auténtico Nutrex…, ¿se imagina? ¡Dispondremos de TODA LA HUMANIDAD para seguir investigando QUÉ ES LA VIDA!

—Yo puedo decirles a ustedes ahora mismo lo que es la VIDA —murmuró Brigitte, que comenzaba a sentir más intensa la angustia, el dolor de cabeza, el cruce de pensamientos…

—¿Usted? —La Narriman lanzó una carcajada—. ¡No nos haga reír, señorita Montfort! ¡Usted puede ser periodista, espía, y muchas cosas más que ignoramos, pero lo que sí sabemos es que NO ES científica!

—No… No lo soy… Pero puedo decirles lo que es la Vida.

—¿Qué es la VIDA? —rió ahora Kovasky—. ¡Vamos, díganoslo!

—La Vida es una propiedad privada, profesor Kovasky.

—¿Qué…? ¿Qué dice?

—Digo que es una Propiedad Privada… contra la que ustedes están proyectando atentar, en masa. Es una propiedad absolutamente privada, de tal modo que cada persona, cada ser viviente, incluso las plantas, tienen el exclusivo derecho sobre su usufructo. Es una propiedad privada, intransferible salvo en la procreación. Y los seres que vivimos la Vida somos, a la vez, transmisores de vida, de renovación de vida. Pero esa vida que podemos procrear ya no será nuestra, sino de los seres que habrán llegado a la Vida utilizándonos a nosotros como vehículos. Así pues, los seres vivos de todo el universo tenemos dos objetivos: vivir… y dar vida. Es decir, todo lo contrario de lo que pretenden ustedes.

—¡Nosotros queremos saber QUÉ ES la vida!

—¿Y esperan conseguirlo aniquilándola en los seres que la están usufructuando? ¿Esperan conseguir saber qué es la Vida privando de ella a los seres vivos? Ustedes quieren llegar a disponer de masas humanas para sus… estudios. Pues bien, yo no estoy conforme con eso, y digo que ni ustedes, ni nadie, tienen derecho a disponer de las propiedades privadas. Eso es mi vida: una propiedad privada. ¿Y ustedes quieren disponer de ella? De acuerdo. Entonces, ha llegado el momento de que la Vida de un ser ajeno a ustedes se muestre con ustedes con la misma crueldad con que espera ser tratada.

—¿Qué quiere decir? —exclamó Cornflower.

—Quiero decir que los voy a matar. A los cuatro. ¡Y va a ser ahora mismo! Para espanto de los cuatro, Brigitte saltó hacia ellos, preparando ya el primer golpe. Y el primer golpe se produjo sobre el cráneo de Jo Narriman, que se hundió como si fuese de cartón bajo el fortísimo golpe de karate, mientras su cuerpo salía despedido fuertemente hacia atrás.

En el momento en que Brigitte se volvía hacia los otros, Des Moines abría la puerta de la habitación, chillando:

—¡Entrad y matad a esta…!

Enmudeció, y palideció intensamente, al ver al desconocido que le apuntaba con una pistola al centro del rostro. Un hombre alto, atlético pero sin exageraciones, de rostro bronceado, ojos negros, nariz aguileña, cabellos color cobre… Quedó tan petrificado y aterrado que ni siquiera reaccionó cuando media docena de hombres, que tampoco eran auxiliares de la «residencia», entraron rápidamente, pistola en mano, y controlaron con toda facilidad a sus dos compañeros.

Desde la puerta, el hombre de los ojos negros miró a Brigitte, y preguntó, sosegadamente:

—¿Estás bien?

Brigitte emitió un sollozo, y corrió a abrazarse al hombre del club «500», que la acogió con un brazo, sin dejar de apuntar a la frente de Kovasky, sin dejar de controlar la situación.

—Sáquenlos de aquí. Y asegúrense de que el resto de este laberinto está bajo nuestro control total.

—Sí señor —asintió uno de los hombres, que miró enseguida a Brigitte, muy abiertos los ojos—… ¿De verdad está usted bien? ¡Llevamos buscándola, más de…!

—Estoy bien —le miró Brigitte—… Estoy bien, Simón. Obedezcan a Número Uno.

—Por supuesto. Es lo que hemos estado haciendo desde que él llegó a Estados Unidos para dirigir su búsqueda.

—Eso me ha gustado mucho —sonrió temblorosamente Brigitte.

En la habitación quedaron solos Brigitte y Número Uno, pues incluso el cadáver de Jo Narriman fue retirado, así como los de los hombres de Espectrus que Brigitte alcanzó a ver en el pasillo. Todavía abrazada a Número Uno, alzó la cabeza, para mirarlo.

—Oh, Dios mío —susurró—… ¡No sé qué me pasó cuando te vi

en el club «500»! Fue… como una explosión.

—Por lo que más quieras —jadeó Número Uno—: ¿cuándo vas a dejar de meterte en líos?

—Esta vez no ha sido culpa mía. Ocurrió que…

—¡Baby! —Apareció un agente de la CIA en la puerta—. ¡Número Uno! ¡Vengan…, vengan pronto!

Los dos salieron corriendo de la habitación, y corrieron en pos de Simón. Cuando desembocaron en la sala-distribuidor, vieron tendidos en el suelo a Kovasky, Des Moines y Cornflower.

Brigitte se abalanzó hacia ellos, examinó rápidamente a Cornflower, y luego miró a los otros dos.

—Están muertos… ¿Qué ha pasado?

—No lo sabemos… Uno de ellos dijo algo parecido a que si la vida era una propiedad privada sólo ellos podrían disponer de la suya… Enseguida, los tres se derrumbaron, casi al mismo tiempo.

Brigitte se incorporó, desalentada.

—Han debido de ingerir algún veneno, y… Bueno, sabían muy bien cómo disponer de la vida…, incluso de la suya propia. Puedo asegurarles que el mundo no ha perdido nada con ellos. ¿Han encontrado a otro hombre, durmiendo en una habitación de ese pasillo?

—Sí… Continúa durmiendo. No podemos despertarle. Dos de los nuestros están con él. ¡Un tipo raro…! ¿Quién es?

* * *

Espectrus despertó varias horas más tarde. Lo primero que vio fue el rostro de Marlo Majors. Parpadeó, y luego sonrió secamente.

—¿Ocurre algo, profesora Majors?

—Sí —asintió Brigitte—… Han ocurrido bastantes cosas mientras usted dormía, descansaba bajo los efectos de la droga que le inyectaron sus jefes, que querían conservarlo con vida para que continuase sus experimentos. ¿Comprende de qué le estoy hablando?

Espectrus volvió a parpadear. Luego, miró al hombre que estaba junto a la profesora Marlo Majors.

—¿Quién es éste?

—Número Uno, por presentárselo de algún modo. Es el hombre

que amo… el que me habló en el club «500». La CIA, tal como le dije, me estaba buscando. Él llegó para ayudarles en cuanto supo que yo había desaparecido. Me localizaron en Washington, precisamente cuando yo entraba en el club «500»…

—Eso es imposible… ¡Para conseguir tal cosa tendría que haber miles de hombres buscándola, y…!

—Exactamente así era. Toda la CIA recibió la orden de movilizarse para encontrar a la señorita Montfort. Y la encontraron. En el acto, Número Uno tomó la dirección del asunto de un modo definitivo: nos siguieron a usted y a mí cuando salí del club «500», y llegaron hasta su residencia. Entraron en la nave industrial, y luego en la residencia propiamente dicha… Espectrus: todo ha terminado.

—¿Qué es lo que ha terminado?

—Todo. ¿O no sabe de qué le estoy hablando?

—Oh, sí… Sí, desde luego. ¿Qué ha ocurrido con mis auxiliares, con mis colaboradores…?

—Vamos, Espectrus, tiene que reaccionar. Era usted quien trabajaba para ellos, para la doctora Narriman y los otros tres… ¿No recuerda esto?

—No… Realmente, no… Debe de estar usted loca. ¡Era yo quien los tenía empleados a ellos! Y los convertí en seres extraordinarios con mi Nutrex… ¡Lo mismo que a usted!

—Espectrus, no hay nadie extraordinario aquí. Ignoro si alguna vez se conseguirá el Nutrex, o algo parecido, o de algún modo los vivos podrán asimilar las cualidades de los muertos… No soy científica, no me atrevo a predecir nada, creo que todo puede ser posible. O quizá pueda ser posible. Pero usted no lo consiguió. Le estaban engañando.

—¿A mí? ¿Quién me estaba engañando?

—Ellos. Los cuatro. Usted no había conseguido realmente el Nutrex, pero esperaban que lo consiguiera. ¿No recuerda ni siquiera que cuando usted iniciaba esa investigación ellos se le ofrecieron como colaboradores y usted los rechazó? Fue poco después que ellos se apoderaron de su mente, los cuatro, y lo…

—¡No diga más tonterías! —exclamó Espectrus, incorporándose en la cama—. ¡Nadie ha podido ni podrá jamás apoderarse de mi mente! ¡Y sepa, profesora Majors, que ni usted ni nadie podrá vencerme! ¿Quiénes son estos hombres? ¿Quién les ha autorizado a

entrar en mi dormitorio?

—Son amigos míos —susurró Brigitte—… Y suyos.

—¡Ah! ¿De veras? Bueno, eso está mejor. Me alegra que… No sé qué siento en la cabeza… Estoy cansado… ¿Cómo es posible, después de descansar, estar cansado? ¿Lo sabe usted, profesora…? ¿O no es usted la profesora Majors…? ¿Brigitte… Brigitte… no sé qué más…? ¡Qué inteligente! El Verificador informó que usted… No puedo… recordar… ¡Pero sé que he conseguido lo más grandioso que la Ciencia pueda concebir! ¡He conseguido la gloria de…!

—Será mejor que siga descansando, Espectrus.

—¿Descansar? ¿Por qué?

Brigitte y Número Uno cambiaron una mirada brevísima. Pero no necesitaban más para comprender lo que ambos pensaban sobre Espectrus: estaba completamente trastornado. Su mente era un caos espantoso.

—Para poder seguir investigando, naturalmente, Espectrus.

Espectrus sonrió, bostezando al mismo tiempo, y cayendo hacia atrás, mientras decía:

—Espléndido… ¡Espléndido!

Este es el final

—O sea —exclamó Frankie Minello—, ¡que el tío ese acabó loco como una cabra!

—Nos tememos que sí, Frankie —asintió Brigitte—. Aunque quizás algún día pueda recuperarse. Lo que no será fácil, desde luego.

—¡Así que está en un manicomio!

—¿Por qué siempre has de hablar tan rudamente? —protestó Brigitte.

—Bueno, un manicomio es un manicomio, se le llame como se le llame. ¿No está de acuerdo, Uno?

—Sí —replicó Número Uno.

Minello se quedó mirándolo. Luego, guiñó un ojo, gesto dirigido a Brigitte, a Pitzer, Grogan y Simón-Floristería, todos reunidos en el salón del apartamento de Brigitte.

—¿Se dan cuenta? —exclamó Frankie, guiñando de nuevo un ojo—. ¡Eso sí es elocuencia! ¡Qué hombre tan charlatán!

—Frankie —reprendió Brigitte—: hay personas que hablando poco dicen mucho más que otras que hablan mucho. Tú has hecho una pregunta, te han contestado que sí. ¿Es una respuesta o no es una respuesta?

—Sí, pero es que…

—A-ha —movió Brigitte un dedito—: basta con el «sí».

—Sí, claro, pero yo quería decir…

—Basta con el «sí».

Minello iba a contestar, pero en aquel momento sonó el teléfono. La propia Brigitte atendió la llamada.

—¿Sí?

—¿…?

—¡Ah, señor Ambler, sí soy yo…! ¿Qué tal?

—…

—¿De veras? ¿Ha recuperado usted casi todo el dinero robado al banco?

¡Eso es fantástico! ¡Espero que no se le olvide devolverlo, señor Ambler!

—¡…!

—¿Yo? Bueno, sí, sabía algo… Pero no lo he recuperado yo personalmente, claro. ¡Cielos, ¿se ha creído que soy un fenómeno?! De todos modos, me alegro mucho. Espero que pronto lo admitan en el consejo de administración del banco… ¿Perdón? ¿Qué dice?

—¡…!

—Ah, señor Ambler, qué amable es usted… Pero no puedo aceptar hoy. Otro día tendré mucho gusto en ir a su casa, conocer a su familia… Estaré encantada. Es que hoy tengo invitados yo misma.

—¿…?

—Le avisaré. Adiós… De nada, señor Ambler… Adiós.

Colgó. Minello se había puesto en pie, y se frotaba alegremente las manos.

—¡Zambomba, nos quedamos todos a cenar! —exclamó—. ¡Ésta sí que va a ser una velada interesante!

—Es tonto —mascculló Grogan—… ¡Lo he dicho siempre, es tonto como una mula!

—¿Yo soy tonto? —Se pasmó Minello—. ¿A qué viene eso?

Grogan movió la cabeza, se puso en pie, y se despidió de Brigitte y Número Uno. Enseguida, lo hicieron Pitzer y Simón. En el salón quedaron Brigitte, Número Uno y Minello.

—Pero… ¿qué pasa? —farfulló éste—. ¿Por qué se van todos?

Brigitte fue a sentarse en las rodillas de Número Uno, le besó en los labios, y luego miró sonriente a Minello.

—¿Decías algo, Frankie?

—Iba a contar un chiste, pero me parece que no es éste el momento. ¿Puedo volver mañana?

—No antes de las diez.

—Pues hasta las diez. —Minello se volvió desde la salida del salón, y miró hoscamente a Número Uno—… Oiga: ¿se da cuenta de que es usted el tipo con más suerte en el mundo?

Los brazos de Número Uno rodearon la cintura de Brigitte, y hubo en sus negros ojos como un chispazo de alegría cuando

contestó:

—Sí.

—Verdaderamente —movió Minello la cabeza—, es usted de lo más elocuente. Con una sola palabra expresa…

Se calló. Refunfuñó algo, y salió del salón. En el pasillo del piso veintisiete del Crystal Building se encontró con los demás, que le estaban esperando para ir a cenar todos juntos a un restaurante chino. Minello aceptó encantado, pero de pronto soltó un gruñido, y señaló la puerta del apartamento de Brigitte.

—Los dos son unos maleducados —gruñó—: yo les estaba hablando y ellos se ponen a besarse… ¡Groseros!

Pitzer, Simón-Floristería y Grogan lanzaron una carcajada.

FIN

Notas

[1] Véase la aventura titulada *Trompetas de muerte*. < <

[2] Véase la aventura titulada *Trompetas de muerte*. < <